REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII | San José, Costa Rica | **1933** | Sábado 9 de Setiembre | Núm. 10

Año XV. No. 650

SUMARIO

Los deberes olvidados

= Disertación hecha en el Centro Cultural del Ejército y de la Armada. Tomada de *El Sol*, Madrid. =

El silencio, virtud que convendría echarnos en cara todos los españoles

Os pido perdón de antemano por haber venido aquí a hablaros de asuntos no directamente relacionados con la profesión militar. Pero otra cosa hubiera sido en mí notoria impertinencia. La milicia es tema fácil a la curiosidad de las gentes indoctas y atrevidas. De guerras y soldados como de medicina, de higiene o de hispanoamericanismo, puede hablar cualquier aficionado. Pero yo, a falta de otros méritos, estoy cada día más dominado por el respeto a no hablar sino de aquello que sé, y por lo tanto, a hablar cada vez menos. Por eso estimo como elogios (los que más me pueden envanecer) aquellas críticas que se me han hecho por mi silencio, que es una virtud que a casi todos los españoles convendría que nos pudieran echar en cara.

No os hablaré, pues, de cosas militares, sino de los deberes del hombre actual. Y por lo tanto, de los míos y de los vuestros.

No hay orador o conferenciante en los momentos de ahora que al hablar en público no se sienta impulsado por el afán, casi por el deber de discurrir sobre las causas de ese trastorno profundo y acerbo que sacude los Estados, los pueblos y las civilizaciones y el ideario y la economía de las familias y de los individuos. Y esto voy a hacer esta noche ante vosotros, militares, que es como hablar a una representación oficial y genuina de la patria. Y os voy a hablar, pues, como hablaría con mi patria misma, que es para mí, como para todo hombre, parte de mi conciencia. El carearse con ella, como el carearse con Dios, equivale, por lo tanto, a realizar ese acto trascendente para el que las gentes de ahora empiezan a perder la aptitud, acto inexcusable para marchar con dignidad humana por la vida, que se llama el examen de conciencia.



Dr. Gregorio Marañón

En estos momentos en que la humanidad cambia de rumbo

Y es ahora tal actitud más necesaria que nunca, porque caracteriza a las fases en que la Humanidad cambia de rumbo, la pérdida de aquellos puntos de referencia éticos que en las épocas ordinarias nos sirven para orientar nuestra conducta. En los tiempos de paz, ahora tan lejanos, hay unas normas sociales que nos marcan aproximadamente cuál es el camino recto y cuál el sendero vedado y retorcido. Pero al llegar las horas de crisis, esa sanción que nos viene de fuera se mixtifica y debilita y acaba por desaparecer. Cuando hoy contemplamos el panorama del mundo no nos afligen los atropellos y las injusticias que el Poder en ciertos países perpetra sobre los hombres indefensos, o aquellos otros atropellos e injusticias que los hombres cometen contra sus semejantes y contra el Estado mismo. A la postre sabemos que el tanto por ciento de sentido arbitrario y de crueldad de que se compone la naturaleza del hombre es todavía lo suficientemente grande para que sea un sueño irrealizable el esperar la rectitud estricta en las acciones humanas. Mas hay algo que nos acongoja y desconsuela, y es ver que esos atropellos y esas injusticias del fuerte contra el débil se ejecutan en un vacío de sanción por parte del resto de la sociedad. Hoy un Estado puede despojar de sus bienes y de su libertad a un hombre o a un grupo de hombres que le estorben o suprimir sencillamente su vida. Y un hombre de la calle o un gremio de individuos puede revolverse contra la paz y la conveniencia material de los otros y del Estado mismo. Y la egoísta violencia no encontrará otro castigo que una de esas protestas firmadas por los hombres de siempre que aparecen cada día en las columnas de los periódicos que las quieren publicar y que se olvidan al siguiente, entre la indiferencia de los más; quién sabe, sin embargo, si para dejar acta consignada ante el futuro de que no todos los habitantes de la tierra eran, en un momento dado de su evolución, completamente viles.

La vuelta del hombre a su conciencia de crueldad y de injusticia

Yo no digo esto con pesimismo y amargura, porque todos los casos, por dolorosos que sean, no deben abatirnos, sino servir de estímulo a nuestra voluntad para modificarlos y de lección suprema para nuestra conducta. Si traigo todo esto a cuenta es porque precisamente es en tales momentos cuando el hombre preocupado debe intensificar la vuelta a su conciencia y buscar en ella, con ahinco escrupuloso, la directriz que el ambiente no le da. Y nuestra conciencia, para que no sea una farsa, ha de ser antes que nada despreocupación de uno mismo. Por paradójico que parezca, cuando buscamos a nuestro propio yo, a nuestro íntimo y profundo yo, tenemos que prescindir de él y no ver más que esos planos imper-

sonales del ambiente, en los que nos movemos como los astros en el éter. En el hondo cristal de nuestra conciencia, como en el agua lejana de un pozo, no hemos de buscar, para encontrarnos, el reflejo de nuestra propia persona, inclinada ansiosamente sobre el borde, sino el cielo azul o anubarrado, detrás del cual están los valores eternos, los deberes con la sociedad—es decir, la patria—y los deberes con nuestro destino suprahumano, es decir, Dios.

El germen de la angustia actual del mundo

Y aquí está implícito lo que constituye, a mi juicio, el germen de la angustia actual del mundo. El hombre ha vidido durante varios decenios casi exclusivamente hacia afuera, a fuerza de no pensar más que en sí mismo, y a la vez sin enfrontarse consigo mismo, que es, repitámoslo, dejar de verse para ver los altos y eternos valores despersonalizados y humanos. O dicho de otro modo: la Humanidad se ha derramado fuera de sí para buscar y conquistar, con un sentido egoísta, lo que llama sus derechos, y ha olvidado el mirarse a sí misma para pensar también en sus deberes. Si intentamos, en consecuencia, exponer en una fórmula concreta el nervio de la inquietud actual, podría interpretarse así: el hombre, como individuo y como pueblo, padece una crisis del deber y una hipertrofia del derecho. Y luego veremos que el remedio que automáticamente se impondrá la Humanidad a sí misma consistirá en la fórmula inversa: en recortar con enérgico valor nuestros derechos y fomentar la robustez y la dureza, la responsabilidad de nuestros deberes.

Los "derechos del hombre" han sido durante años y años el ideal colectivo que ha exaltado y servido de bandera a las masas y a los individuos. El hombre tenía derechos de los que estaba desposeído y era preciso conquistarlos. Y muchos, en efecto, han sido conquistados. Mas he aquí que hemos llegado a un punto de nuestra evolución, en el que a fuerza de derechos nos encontramos en la misma situación que el hombre de la Edad Media, es decir, sin otro camino para arreglar nuestros problemas que la fuerza sin derechos, la violencia, la sangre, que, como una deidad terrible, es la solución suprema de los conflictos humanos. Y por eso volvemos la vista con aflicción y angustia en torno nuestro, y el camino de la conquista de los derechos, recorrido de tan buena fe —la buena fe liberal,—nos empieza a parecer un error, por lo menos un error de perspectiva que ya no se puede rectificar, y el porvenir, demasiado incierto para el alma desmoralizada de las generaciones contemporáneas.

Y sin embargo, el problema es sencillo. El afán de acumular derechos ha socavado y sofocado el sentimiento del deber, que es un eje esencial de nuestra vida. Esto es todo. Como a fuerza de vivir para los deberes y sólo para ellos el hombre puede convertirse en un esclavo, así el ansia sin medida de los derechos arranca de raíz el sentimiento del deber y convierte al hombre en un demonio insensible y cruel, que sólo acierta a dirimir sus dificultades por la fuerza. Es, pues, preciso que comience una nueva y áspera era, cuyo signo serán "los deberes del hombre", que servirán de contraveneno a la intoxicación que este siglo y medio "de los derechos del hombre" ha producido en el alma de nuestro tiempo.

Pero ¿cuáles son los deberes del hombre actual? ¿Cuáles los que nosotros, ya cercanos al término de nuestra eficacia social, hemos de inculcar a los que nos sucedan en la vida?

Perdonad que antes de hablar de estos deberes hable unos momentos de mí mismo: ¿Quién soy yo, me pregunto antes de que vosotros me lo preguntéis, para subir al púlpito y hablar de deberes a los demás? Pero a esta pregunta se la ataja, sin dejar venir la respuesta, con esta otra: ¿Qué hombre puede hablar, no siendo más que un hombre, a los demás de sus deberes humanos? Y entonces os responderé enseguida: Quien no esté limpio de culpa, pero sí lleno de buena intención, es el que puede señalarnos el verdadero camino. Pensad que en esta frase está explicada toda la modestia de la intención y también toda su responsabilidad: "señalar el camino". Cuando estamos perdidos, es uno cualquiera el que nos devuelve a la buena ruta: un vagabundo, un pastor, un pobre hombre que tal vez no sabe nada más que las veredas del mundo y que no tiene, esto es esencial, intención de engañarnos. No hace falta más. Pero sólo conoce los caminos rectos quien erró alguna vez por los torcidos, y la mejor intención no es tal vez la del hombre impoluto, sino la del que tiene en la piel las cicatrices de muchas heridas.

Los deberes del hombre actual

Y así os digo que el hombre actual tiene que prepararse, en una ruda disciplina, a resucitar y a vivir sujeto a todos sus deberes: a sus deberes de hombre o de mujer, a sus deberes de mozo, de maduro o de anciano; a sus deberes profesionales, y finalmente, a sus deberes de ciudadano de la patria y del mundo. Fácil sería comprobar, si no constase en la conciencia de todos, que estas cuatro categorías de deberes se han ido olvidando. Y urge carearnos en el silencio de nuestra conciencia con cada una de ellas para encontrar sus brechas y quebraduras y ensayar su reconstitución.

Meditemos ante todo en que son muchos deberes y no uno solo, y en que son diferentes para cada momento de la vida y para cada uno de los rasgos individuales de nuestra estructura física y espiritual. Esta diversidad inmodificable de nuestros deberes es la razón suprema de la desigualdad, igualmente inmodificable, entre los hombres. No podemos dejar pasar este punto sin un comentario, porque es esencial para la interpretación de nuestro tiempo. El sueño de la igualdad humana se basa precisamente en la fascinación de la igualdad de los derechos del hombre, que, en efecto, aspiramos a que sean los mismos para todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, ricos y menesterosos, débiles y fuertes, inteligentes y pobres de espíritu. "Cualquiera que sea nuestra condición—hemos oído decir durante los siglos pasados,—todos somos hermanos y tenemos, en consecuencia, idénticos derechos a la libertad, a la instrucción, al bienestar físico, a la intervención en la vida pública, etc., etc." Pero ¿y los deberes? ¿Cómo podrán ser iguales en el atleta y en el raquítico, en el genio y en el idiota, en la hembra y en el varón, en el niño y en el patriarca de la cabeza cana? El derecho nos viene de fuera como un regalo, y puede, en teoría, sernos repartido por igual. Pero el deber mana de nosotros, de nuestra personalidad y de cada momento de nuestra personalidad, como el chorro de un manantial, y es inútil pretender que su calidad y su calibre sean iguales cuando la fuente brota en un vergel o en un desierto, cuando brota en los meses de humedad o en los de estiaje, cuando el agua se conduce por cauces limpios y bien captados o cuando corre entre contaminaciones y quiebras que la ensucian y dispersan.

Nada, pues, de lo que ocurra en el mundo realizará el ensueño de la igualdad, porque nada podrá igualar los deberes de cada ser humano. Y es el deber, y no el derecho, el que marca las diferencias esenciales y las categorías entre unos hombres y los otros. Un régimen social, teórico, podrá dar los mismos derechos a un hombre genial y a un mentecato; pero aquél se sentirá obligado, por encima de toda ley, a cumplir deberes que el ciudadano de la mente limitada no es capaz de sentir. Y ese hombre genial será tanto más superior por el hecho de sus deberes geniales, intangibles, cuanto más se le quiera allanar a los derechos de los demás hombres.

La igualdad, equilibrio inestable

Partamos, pues, de la desigualdad de nuestros deberes para recobrar el equilibrio. El equilibrio del mundo estará siempre fundado en la no igualdad, porque es un equilibrio inestable. Como la salud física se funda en un balanceo perpetuo de nuestra vitalidad sobre el abismo de la muerte. Vivimos porque no podemos ser perfectos, porque estamos en cada instante en inminencia de morir. El estímulo de nuestra vitalidad y de nuestro progreso—luego volveremos sobre ello— es el dolor y la inquietud. Por ello, a medida que se anulan y desaparecen unos conflictos interhumanos, aparecen otros. Cuando la guerra se acaba surge la revolución. Y mientras los médicos borramos de los libros de Patología esta o la otra enfermedad, nacen enfermedades nuevas que mantienen, por un mecanismo o por otro, intacto el volumen del sacrificio que la Muerte exige de la Humanidad cada día. Ya no morimos del cólera o de peste bu-

bónica; pero nuestras arterias y nuestros nervios se rompen más pronto que hace varios siglos, y lo cierto es que las camas de nuestros hospitales varían de clientes, pero no están nunca vacías.

Corre nuestra vida, la de cada uno y la de los pueblos, como el agua fecunda de los ríos, gracias al desnivel y a los accidentes del cauce. A lo único que podemos aspirar es a que no se desmande y se desborde. Sería necio, en cambio, pretender que se estancase, y eso sería le felicidad ilusoria fundada en la igualdad.

Y ya es tiempo, señores, de examinar esas nobles e inmodificables diferencias fundadas en el deber de cada cual, que de tiempo en tiempo tenemos que recordarnos los hombres, los unos a los otros, como se recuerdan los cartujos que han de morir, porque el rasgo más fuerte del espíritu humano es su increíble, su milagrosa capacidad de olvidar.

Deberes del hombre y de la mujer; por lo tanto, deberes ligados con el sexo. Muchas veces he hablado de estos deberes, y me hago la ilusión de que mis puntos de vista no os son enteramente desconocidos. Lo que me importa volver a afirmar es que estos deberes sexuales no tienen apenas nada que ver con el sexo mismo. El deber del varón como tal varón es trabajar y producir. El deber de la mujer, como ente sexual, es ser madre, buena madre y madre para siempre; lo demás de nuestra vida estará bien o mal, según concurra o no, directa o indirectamente, a estos fines supremos.

El trabajo y el deporte

Cuando yo hice mis apologías del trabajo como estricto deber del hombre, como índice de su varonía, se me pusieron muchos reparos aquí y fuera de aquí. Eran los tiempos de la postguerra, en los que unas generaciones desmoralizadas por el espectáculo de aquellos años, cuyo veneno no hemos eliminado todavía, imponían a la Humanidad, como la forma suprema de la actividad del varón, el triunfo del esfuerzo sin objeto creador, que es el deporte. Hoy nos parece todo esto un tanto trasnochado; pero entonces no era inoportuno el escribir libros enteros sobre el deporte y el trabajo, como actividades representativas. El manantial más enérgico del espíritu deportivo ha sido siempre la guerra, y aquella guerra, por su extensión y por sus condiciones peculiares, mucho más que las otras. Hoy— y han pasado muy pocos años, pero años preñados de trascendencia infinita,—hoy el deporte se bate en retirada para ocupar su lugar justo: el de una práctica higiénica y divertida para la juventud, el de una medicina, útil si está bien dosificada, para las gentes maduras, y el de un espectáculo agradable para los hombres a quienes su edad elimina de las prácticas físicas. Y es inútil advertir que hablamos del deporte en su sentido amplio y trascendente, y no como actividad localizada. Hablo del espíritu deportivo, como fenómeno psicológico, y no del "hockey" o de los concursos de natación.

Y ese espíritu deportivo ha invadido y desvirtuado la noble actividad viril del trabajo creador. La esencia de la lucha social de estos últimos años está precisamente formada por conflictos del trabajo. Pero es lo cierto que ha estado y aún está influída por la sombra nefasta del espíritu deportista. Buena parte de los conflictos sociales de ahora en lo que tienen de espectáculo externo, y a veces lo externo es lo esencial, ha degenerado en una mera actividad deportista, y por lo tanto antitrabajadora. de los trabajadores, o por lo menos de los más extremistas, que han convertido su noble rebeldía en un deporte improductivo, jugando a ver quién gana con los capitalistas y patronos, presos también, con las mismas excepciones, en la frivolidad deportista. Y ha contribuido poderosamente a este deportismo social, que es abandono del deber estricto de trabajar, en unos y otros, patronos y obreros, el sentido mecanicista de los últimos años, cuya nefasta influencia ha sido reiteradamente comentada por muchos, incluso por mí mismo, en memorable y reciente ocasión. Los progresos de la técnica, que tienen siempre algo de circo y de prestidigitación, han convertido el antiguo oficio manual, digno y rudo, en un pasatiempo grato, tal vez con mayores peligros, pero con menos dificultades que el clásico trabajo manual. Y esta transformación, con todo su prestigio de conquista representativa del siglo, ha relajado la disciplina de nuestro esfuerzo, sin hacernos ganar intelectualmente nada. Porque el hombre, después de segar los campos con una máquina, sentado en una silla y a cubierto del sol; después de oír desde su cama la voz de los hombres de los otros continentes, o después de conducir un pájaro de tela y de metal, y trasladarse en él en unas horas a los puntos más remotos de la tierra; después de tanto invento, ha perfeccionado sus sentidos y ha dejado de sudar (que suele ser sano), pero no ha añadido a su cerebro una sola de las complicaciones que puede crear en él la lectura de Platon o de fray Luis de Granada. Siempre pienso en el asombro de Leonardo de Vinci si resucitase hoy y viera que la sonrisa de su Gioconda sigue influyendo más en el espíritu de los hombres que las máquinas voladoras que él presentía y que soñaba inocentemente que nos pondrían a la altura moral y espiritual de los dioses.

La ciencia, ideal eternamente renovado de los hombres

Se habla ahora, por voces de la mayor autoridad, del fracaso de la ciencia y del influjo de este fracaso en los trastornos de las horas inquietas que hoy vivimos. Pero yo creo que no es la ciencia la que ha fracasado: la ciencia subsistirá siempre en el alma de los hombres como un ideal eternamente renovado, porque es el ansia de la verdad, paralela y no opuesta, como creen algunos pedantes, al sentido religioso de nuestro espíritu. Lo que ha fracasado es la técnica, que no es la ciencia, sino que a veces entorpece y ahoga la marcha de la ciencia. O fuera mejor no hablar de técnica, sino de tecnicismo; es decir, de la técnico como fin y no como medio. O más exactamente: la técnica como deporte, por sí misma, por la fruición de ejercitarla sin un sentido verdaderamente creador, que es como la mayoría de los hombres, los más dotados de virtudes técnicas, corren, o vuelan, o disponen sus antenas para captar las ondas del otro lado de los mares.

Este tecnicismo deportista ha desvirtuado la legítima revolución social, dándole el aire de ganar derechos tras derechos, como goles de fútbol, sin el ejercicio paralelo y severo de los deberes correspondientes. Juego, pues, de ganar, sin espíritu de perder, juego ventajista. Por eso se diferencian tan poco las almas del pistolero actual y del antiguo señorito, apto para todas las inútiles técnicas deportivas. Pero la técnica deportista está, dichosamente, en baja. Una de las cosas más impresionantes que he leído en estos últimos tiempos es el consejo de Ford, el gran maquinista, que soñó ver a la sociedad entera organizada como sus grandes fábricas, pulcras y frías, llenas de adelantos y vacías de emoción humana, cuando hace poco recomendaba que el trigo no se moliese más en las grandes instalaciones eléctricas, las que elaboran en unos minutos varios vagones de trigo llegados de las comarcas más remotas, sino que cada labrador cogiese su saquillo de grano y lo llevase sobre su pollino al molino de la aldea, movido por el viento. Vemos, sin querer, al Ford genial, sobre su "Rocinante" de resortes y frenos, volteado por las aspas

impasibles. Nuevamente el artefacto inmortal derriba, como un fabuloso gigante, a otro sueño quijotesco: el de que los hombres se liberen por medio de las máquinas del deber ineludible, sagrado y eterno, de vivir con el sudor de su frente, con el esfuerzo doloroso de sus brazos.

Que no viva nadie del esfuerzo de los demás

El hombre, abatido su orgullo de maquinista, volverá, pues, a encontrarse frente a frente con su áspero deber de trabajar. Y ha de cumplir este deber por encima de todos sus derechos de hombre. Precisamente para hacerse digno de ellos. Yo no comprendo ni comprenderé jamás ese anhelo de igualdad edificado sobre la base de disminuir nuestro deber creador, el típicamente humano y masculino: el trabajo. Que trabajen todos los hombres como deber y no como castigo. Pero, claro es, que no viva nadie del esfuerzo de los demás, del oficio de amo, de petimetre; y este encono contra el holgazán, paseante o espectador de la labor de los demás desde la mesa del café o del casino, debe ser compartido por todos, incluso por los mismos que fueron hasta ahora señoritos, pero que conservan vivo el sentimiento de la dignidad y el instinto de conservación. Afortunadamente, esta gran plaga española ha disminuído de un modo considerable en estos últimos años. Muchos que eran señoritos han dejado de serlo por necesidad o por noble contriccin. Sólo siguen siéndolo de un modo auténtico los que se dan por aludidos y se enojan cuando alguien, como yo ahora, los increpa. El que se da por aludido es el que todavía cree que tiene derecho a que no le echen en cara su holgazanería y su inutilidad, el que todavía considera que el no trabajar le da una categoría superior sobre los hombres que trabajan. Pocos son, por fortuna. Hoy oímos por todas partes, a gentes que hasta ahora sólo pensaron en pasear y en ver pasear a los otros, que no tienen más remedio que trabajar, y buscan su quehacer lucrativo y preparan a sus hijos para luchar con armas propias por la vida. Hasta en los medios más frívolos el elogio máximo que se hace de un hombre es decir que es un gran trabajador. Y cuando oigo esto es cuando comprendo que España ha dado un paso de gigante hacia su porvenir.

Pero, repitámoslo, no se trata sólo de que trabajen los vagos, sino también y muy principalmente de que los trabajadores trabajen de verdad y no jueguen más al deporte de los derechos del hombre. Sino, su pecado—pecado biológico, fundamental—tendrá su sanción: la de volver a trabajar a la fuerza, no por deber espontáneo, sino por deber impuesto, como ocurre en las dictaduras actuales, negras o rojas. Y este trabajo obligatorio, ordenado y controlado rigurosamente desde arriba, característico del régimen dictatorial, tiene tal sentido de justicia, que constituye en verdad uno de los alientos más importantes de las organizaciones de disciplina rigorista que están invadiendo a Europa, frente al aflojamiento de los deberes fundamentales que, para desdicha suya, caracteriza a las democracias.

Exaltación de la maternidad

Que el hombre, todo hombre, el alto y el bajo, trabaje. Y a su lado, que la mujer sea madre en toda su integridad; es decir, que no se limite a dar a sus hijos a luz, sino que los críę a su cuidado directo—cuidado del cuerpo y del alma,—hasta que la adolescencia los separe de su lado. Para mí, la razón principal de la ineficacia social, y también de la profunda inmoralidad de las generaciones de la post-guerra, estriba en que sus hombres crecieron fuera de la sombra materna en aquellos años en que las mujeres tuvieron que irse de sus casas para trabajar en las fábricas o en los despachos o para conducir tranvías o automóviles por esas calles de Dios. La ausencia de la generosidad maternal engendra el defecto más corrosivo del hombre, que es el escepticismo. Y esas generaciones, terriblemente escépticas porque no crecieron junto a sus madres ocupadas, son las principales responsables del tono disolvente de la humanidad actual. He aquí una de las razones profundas de que hayan surgido las dictaduras—cuyas causas, como las de todos los fenómenos sociales, son muy complejas—. Los dictadores han tenido que infundir por decreto, y a veces lo han logrado, la emoción entusiasta del deber a esos pueblos de generosidad enfriada o ausente. La falta de la madre es, pues, en parte, el origen de los regimenes de fuerza, especie de correccionales donde se infunden tardíamente y con rigurosa aspereza las virtudes que los pueblos no aprendieron a tiempo en el hogar. De aquí el que con tanta razón figure en el programa de las dictaduras la restauración del culto familiar, y en algunas de ellas, la vuelta obligatoria de la mujer a su estricto oficio de madre. Es éste, en efecto, el remedio del mal del escepticismo. Y también, no lo olvidemos la profilaxis para las dictaduras venideras.

No voy a repetir aquí mis anotaciones de cómo se ha de entender este deber primordial de la maternidad, que es compatible con una porción de excepciones de raíz biológica, y por lo tanto, absolutamente legítimas, y desde luego compatible también con el cultivo racional e integral del alma femenina, con una poda enérgica de la ñoñez de sus costumbres clásicas y con el pleno ejercicio de sus derechos de civilidad y de ciudadanía. Pero insistamos en que una cosa son los derechos que deben igualarla al hombre, y otra, los deberes, que son en la mujer específicamente distintos de los deberes viriles. Por eso jamás serán iguales los dos sexos. Creo que esto es bien claro. Sin embargo, todavía hace pocas semanas en un periódico americano han discutido varios articulistas, aduciendo textos de mis libros y conferencias, si yo era feminista o antifeminista.

Soy enemigo de ingresar por mi propia voluntad en ningún gremio. Pero si me lo hubieran preguntado, me hubiera sido fácil responder que soy antifeminista frente a casi todos los feministas y feminista frente a la mayoría de las mujeres.

Sobre estos dos deberes fundamentales— trabajo en el hombre, maternidad en la mujer—se edificará siempre el núcleo inconmovible de la vida familiar. Los peligros que algunos ven para la familia fundándose en accidentes más escandalosos que profundos, sobre todo en las incorrecciones de la moral sexual, tan temidas y comentadas, tienen una importancia secundaria desde el punto de vista biológico y social, por grande que sea para los moralistas y teólogos. La disolución de las costumbres sexuales, ahora evidente, y característica de todas las crisis porque ha travesado la humanidad, es siempre inexorablemente pasajera, aun cuando ahora como siempre los profetas de ocasión anuncien que el mundo ha llegado por sus pecados a la inminencia de su fin. Hoy mismo es fácil prever (y son muchos los observadores que lo señalan) una rápida reconstrucción de la moral sexual en un sentido de severidad probablemente mucho más riguroso del conocido desde varios siglos acá. Nuestra generación ha de ver un auge nuevo y enérgico de todos los viejos problemas. Este es el sentido que podemos calificar de plausible—en cuanto a la intención profunda, no en cuanto a la forma ni en cuanto a las razones mediatas—de la persecución que sufren hoy en Alemania, y en general en todos los países sujetos a una dictadura, los libros de literatura sexual, aunque el movimiento excomulgatorio y destructor sea torpe, porque es un pueblo apasionado el que lo ejecuta y no una autoridad inteligente, y haya alcanzado a obras respetables, y rigurosamente científicas, aun cuando discutibles, como las de Freud, al que yo mismo he combatido tanto, pero al que en el trance de ahora saludo con entusiasta respeto.

Gregorio Marañón

(Concluirá en la entrega próxima)

La opinión estudiantil latinoamericana y los Estados Unidos

= *Envío del autor* =

Es bien conocida la indiferencia de los estudiantes estadounidenses en cuanto a les cuestiones sociales y políticas. Apenas hace unos pocos años que los estudiantes de este país se han interesado algo en materias de índole seria y hasta han demostrado tendencias de constituirse en una fuerza social en la vida de la nación.

En la América Latina, ha sucedido lo contrario. Allá, no solamente se interesan en semejantes cuestiones los estudiantes desde una edad casi tierna, sino ejercen una influencia que es probablemente mayor que la de cualquiera agrupación fuera de la prensa, sobre la opinión pública.

Desde hace años, los estudiantes han tenido organizadas sus federaciones nacionales, desplegando muchas de estas una fuerza sorprendente. Por ejemplo, la de México abarca veintiséis organizaciones regionales, esparcidas por toda la república. Además, por lo general, las federaciones estudiantiles han encontrado muy buena acogida entre los pueblos.

Cuando nos damos cuenta cabal de la gran influencia que ejercen estas federaciones, estamos en mejores condiciones de comprender lo que sigue, es decir, que la opinión estudiantil en la América Latina tiene una importancia que a primera vista no puede palpar el que no está al tanto de los acontecimientos.

Hace mucho tiempo que las clases influyentes de la América Latina han llegado a apreciar esta importancia. Por cierto, la actitud de ellas no ha sido indiferente. Las reuniones estudiantiles han sido dispersadas por los militares y por la policía. En muchos países latinoamericanos, los estudiantes han sido encarcelados. Los directores han sido exiliados. Por otro lado, algunos gobiernos han preferido ser prudentes, han escuchado las quejas y han accedido a las demandas de los estudiantes, total o parcialmente.

En vista del poder tremendo sobre la opinión pública que ejercen los estudiantes, uno se pregunta naturalmente: "¿Cuáles son estas quejas y demandas?"

¿Es que los estudiantes lanzan discursos porque les gusta oír su propia oratoria? ¿Escriben artículos nada más para ver sus nombres en los periódicos? Hay muchos viejos que sin haberse dado el trabajo de investigar el asunto, dicen que los estudiantes que figuran en estos movimientos no hacen nada más que buscar el martirio y la publicidad. Posiblemente habrá algunos de esta estirpe, pero después de todo ¿acaso no abundan entre las viejas generaciones los que andan en busca de la publicidad (aunque sin el martirio), hasta en sus actividades así llamadas altruistas? Sí, puede ser que haya algunos jóvenes que se embriagan con su propia oratoria y de ver sus nombres en los periódicos, pero tomándolo todo por todo, observando con imparcialidad el desarrollo de estos movimientos estudiantiles, uno no puede menos que llegar a la conclusión de que encierran algo mucho más significativo.

Por supuesto, cada federación estudiantil obra en un ambiente distinto y por consiguiente, tiene su propio programa, pero hay algunas bases fundamentales en que se asemejan casi todas las federaciones, y éstas son las que vamos a estudiar

En primer lugar, todos los estudiantes están en pro de la educación libre y obligatoria. Denuncian el favoritismo en la repartición de los títulos. Favorecen la abolición de los exámenes al final del semestre y desean que se les dé más importancia a los estudios independientes que a los de clase. Demandan un mayor número de cursos en Historia Española y Americana y en el Anti-Imperialismo. Están interesados en la formación de clases nocturnas, donde ellos mismos puedan tomar una parte activa. Desean la incorporación de estudiantes en los consejos universitarios y luchan también por la autonomía completa de la universidad, la cual, en la mayoría de los países latinoamericanos, todavía está ligada al gobierno.

Todo esto en cuanto a lo que se podría denominar reforma académica.

Pero los estudiantes, dándose cuenta de que ellos han de ser los futuros directores en la vida económica, política y social, han desarrollado ciertas ideas bien definidas con respecto a los problemas de los cuales están hostigados sus respectivos países y no han dejado de dar exteriorización a estas ideas.

Ellos se dan cuenta, tal vez más que cualquier otro grupo social, de que las incursiones que sufren sus países son posibilitadas únicamente por los funcionarios corrompidos y venales que se vuelven cómplices de los intereses extranjeros. Por consiguiente, invocan en términos inequívocos el nacimiento de un espíritu cívico que ponga el bienestar del país sobre todos los intereses egoístas. Abiertamente opuestos al imperialismo, utilizan su influencia también en contra de la opresión interna. Luchan sin cesar contra la explotación del niño en la industria y del indio dentro de sus fronteras. No solamente creen en que la mujer debería de tener derechos iguales a los que tiene el hombre en la política, sino que ella debería de ser admitida en las profesiones en la misma forma que el hombre. Por último, se oponen irremisiblemente a la dictadura política, y de aquí provienen sus dificultades.

Desde la formación de la Confederación Iberoamericana de Estudiantes, esta oposición a las dictaduras ha entrado en una nueva fase. Antes era cada federación nacional de estudiantes la que dentro de las fronteras de su propio país luchaba contra la dictadura cuando ésta existía. Ahora, la fuerza de todos los estudiantes de la América Latina, se emplea en todos los casos, donde quiera que existan, ya que los estudiantes consideran a todos los dictadores políticos como enemigos comunes de la causa estudiantil. Por ejemplo, a los estudiantes desterrados por razones de política, se les dará facilidades para continuar sus estudios en otro país latinoamericano, durante el período de su destierro.

En cuanto a la actitud de los estudiantes latinoamericanos con respecto a las cuestiones internacionales, se nota una tendencia bien definida, es decir, en pro del iberoamericanismo, o sea una unión basada en el origen común de los pueblos en la Península Ibera, hoy día poblada por los españoles y los portugueses.

Mientras que muchas de las federaciones nacionales de estudiantes de la América Latina son miembros de la Confederación Internacional de Estudiantes y formaban parte hace algunos años de la Liga Panamericana de Estudiantes, hoy día la mayor parte de ellas respaldan a la Confederación Iberoamericana de Estudiantes, que tiene su sede en la ciudad de México. Actualmente, las federaciones nacionales estudiantiles de los siguientes países, o son miembros o están ya para hacerse miembros: Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, El Salvador y el Uruguay. Además, los estudiantes de España ya son miembros y se han invitado a los de Portugal. También se piensa incorporar a los estudiantes de las Islas Filipinas y de Puerto Rico como entidades nacionales. No hay que ser gran adivinador para apreciar la tendencia de este movimiento.

Si todavía hubiera alguna duda en cuanto a esta tendencia, desaparecería ésta al leer la siguiente declaración, que indica uno de los objetos de la Confederación Iberoamericana de Estudiantes: "Unión espiritual, económica y política de los países iberoamericanos y protección contra las tentativas extranjeras para ahogarlos".

En los últimos meses de 1930, se reunió el Primer Congreso Iberoamericano de estudiantes. El Congreso se declaró en contra del panamericanismo, la Doctrina Monroe y el Artículo 21 del Convenio de la Liga de las Naciones. Comisionó a la Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños para que investigue "los crímenes cometidos por el Ejército Invasor Norteamericano" en Nicaragua. Desaprobó "el control imperialista del Canal de Panamá". En cuanto a lo económico, el Congreso se declaró en favor de impuestos aduaneros más altos y de leyes en contra del capital extranjero para contrabalancear la superioridad económica de los Estados Unidos. Abogó por la for-

mación de "una red iberoamericana de comunicaciones terrestres, marítimas y aéreas". Se decidió organizar exhibiciones en que solamente se darían a conocer productos de países iberoamericanos.

Por supuesto, los contactos internacionales de los estudiantes latinoamericanos no se limitan al campo iberoamericano. Por ejemplo, hace poco tiempo, una delegación de estudiantes británicos visitó a la Argentina y, recientemente, llegó a México una delegación de estudiantes japoneses para retornar una visita que hicieran en meses pasados los estudiantes mexicanos.

¿Habrá alguna relación entre esta última visita y el hecho de que el Congreso Nacional de Estudiantes Mexicanos se haya declarado en favor de la neutralidad de México en caso de que sucediera una guerra entre los Estados Unidos y cualquiera potencia europea o asiática? ¿Quién sabe?

Hasta fuera de los congresos, los estudiantes se mantienen en acción constante. Remiten cables a los dictadores demandando la libertad de sus colegas encarcelados. Organizan demostraciones frente a las embajadas y legaciones de los países cuyos gobiernos les han ofendido, y toman parte en huelgas. En la parte afirmativa, han organizado clases para los trabajadores y los indios. Por mediación de sus publicaciones, han tratado de evocar un espíritu cívico y de despertar a los pueblos para que vean los peligros que son para los estudiantes de suma importancia. Puede ser que en algunos casos demuestren los estudiantes falta de experiencia, pero cierto es que no carecen de sinceridad—y la sinceridad sobre todo, es lo que hoy en día hace tanta falta en el mundo entero.

En cuanto a los estudiantes de los Estados Unidos, la actitud de los estudiantes latinoamericanos es de recelo e incertidumbre. Comentando sobre una propuesta de los estudiantes norteamericanos representados en la Federación Nacional de Estudiantes Norteamericanos, para que se celebre este año en Miami, Florida, un Congreso Panamericano de Estudiantes, dijeron que: "A pesar de la innegable igualdad de planos en que estamos colocados todos los estudiantes, no somos tan románticos para pensar que al momento de agruparnos orgánicamente con los estudiantes norteamericanos, éstos no pretendieran imponer su anhelo de predominio que es en ellos resorte fundamental biológico".

Han avisado francamente a la Federación Nacional de Estudiantes Norteamericanos que antes de intentarse establecer relaciones más estrechas entre los estudiantes latinoamericanos y estadounidenses, éstos tendrían que declarar abiertamente cuál es su actitud con respecto al imperialismo norteamericano.

Mucho depende de la contestación. Si la situación se resuelve en forma debida, puede ser que los estudiantes de las Américas sean la fuerza mediadora para conseguir el advenimiento de una nueva era de comprensión interamericana.

———

Después de escrito este artículo, ha llegado la noticia de que la Federación de Estudiantes Norteamericanos acaba de mandar a la Confederación Iberoamericana de Estudiantes, un manifiesto en el cual dice, entre otras cosas: "Para que este Manifiesto no se resuelva en mera palabrería, como indudablemente ha sido el caso en la mayoría de las declaraciones oficiales llamadas "fraternales", deseamos expresar de una vez, nuestra desaprobación completa e inequívoca, de todo acto de violencia de una nación americana contra otra. Como estudiantes que somos, conceptuamos que en todo tiempo y donde quiera que sea, el estudiantado tiene la misión suprema de defender la razón como norma que debería de gobernar a las naciones tanto como a los individuos, contra la fuerza, reliquia de las épocas salvajes".

Philip Leonard Green

Brooklyn, New York, 1932.

Estampas

Alentemos a los cubanos de honor que luchan contra el imperialismo yanqui

= Colaboración =

Los periódicos yanquis han llenado innumerables columnas en el relato y comentario de los sucesos de Cuba. Para cada uno ha habido tela abundante que cortar. Ninguno, desde luego, ha culpado a sus gobiernos de la barbarie del machadato. Al contrario, el segundo Presidente Roosevelt ha dado una nueva interpretación a la inícua Enmienda Platt afirmando que es preferible alentar al pueblo para que haga la revolución contra los gobiernos desafectos al Departamento de Estado, que exponerse a las censuras de una intervención. Han elevado los prestigios del Embajador Sumner Wells exaltando su tacto al conquistar a la edad de cuarenta años un triunfo tan grande como éste de la fuga de Machado sin la repudiada intervención de la Enmienda Platt. Esa prensa tenía lo ocurrido en Cuba como cosa definitiva y de ahí la fuerza con que enfatizaba el bien traído a los cubanos por el segundo Roosevelt.

Convenía presentar el caso de Cuba como definitivamente resuelto, porque se afianzaba un Gobierno que se acomodaba a los cálculos del Departamento de Estado. Mientras el Poder estuviera asumido por un hombre que calentó ocho años la Embajada cubana en Washinston, que intimó con Franklin D. Roosevelt y con Sumner Wells, que sirvió al machadato en 1931 en una representación diplomática, que es latifundista de categoría, el Departamento de Estado estaba confiado. Y activo también en no dejar escapar la presa. Ya había despachado Roosevelt dos consejeros técnicos para que desde la Embajada servida por Sumner Wells le arreglaran las finanzas a Cuba. El plan era ordenar, olvidar los ocho años de rapacidad machadista, seguir aplastando al cubano de honor.

Pero ese cubano vive otras influencias que no son las del vasallaje. Sin estrépito ha dejado sin Poder al anciano acogido por el Departamento de Estado. Y ha dicho que quiere gobernar solo, que quiere ordenar su economía, su educación, su fomento. Lo ha dicho sin consultar a Sumner Wells y sin detenerse a pensar que los cuarenta años del diplomático yanqui han sido cantados en los Estados Unidos con toda clase de música estridente. El cubano de honor, dispersado, acosado por el Departamento de Estado aliado fiel del machadato, se manifiesta y no deja que el puesto desde el cual se crea una patria decorosa, siga vacante u ocupado por el malvado. Ha depuesto al amigo del Departamento de Estado y agrupándose organiza con gente nueva el gobierno de la nación.

Ahora es cuando la ferocidad imperialista se mostrará desatada contra Cuba. Allí está el oprobio de la Enmienda Platt para justificar atropellos. Si la gente nueva que ha asumido la responsabilidad del Gobierno es fiel a su tradición de decoro y de honor, la Enmienda se quitará la vestidura con que la exhibe el segundo Roosevelt. El grito será entonces ¡intervención! Intervención para evitar que el imperialismo pierda la menor de sus conquistas de antes y del tiempo del machadato. Mala partida han jugado estos cubanos vigilantes al Departamento de Estado. Pero tienen que pensar en Martí que los vió a ellos cuando dijo: "Lo que tengo que decir, antes de que se me apague la voz y mi corazón cese de latir en este mundo, es que mi patria posee todas las virtudes necesarias para la conquista y el mantenimiento de la libertad". No cedan a la amenaza. Martí vigila. Es grande y monstruoso el poder del imperialismo, pero no los sorprende dando los primeros pasos. Han luchado heroicamente los cubanos y saben sufrir y matar al que los humilla. Esas generaciones nuevas que irrespetan al Departamento de Estado y deshacen un escenario de mentira, van a salvar a Cuba.

Les saldrá al paso el imperialismo cuando estén deliberando con su espíritu nuevo acerca de las bases de una Constitución que haga de la redención

económica su fundamento esencial. No quiere el imperialismo servido hoy por el segundo Presidente Roosevelt devolver al cubano su economía para que la ordene y la oriente con su propio saber y su destino limpio. No quiere devolvérsela porque está aprisionada por organizaciones yanquis que dan estructura al Gobierno imperialista. Esas organizaciones no vinieron a hacer corta estación, sino a conquistar sitio para todos los tiempos. Pero las generaciones nuevas de Cuba que las han sufrido como una maldición tendrán que sacudírselas de la entraña en donde se les han metido. No pueden volver a la vida de libertad que se inicia sin ser dueñas de su propia economía. El imperialismo ha trabajado con provecho y es poderoso en su defensa. Pero la nueva gente necesita el suelo laborable y se lo arrancará al latifundista. Necesita libre la electricidad y hará que la devuelva el monopolizador. En esta tarea titánica veremos al cubano, sin desanimarse, sacrificado, valeroso, inteligente, visionario.

El Departamento de Estado hará muchas cosas para no dejar libertad al cubano que ha asumido el Gobierno de su nación. Pero el deber de estos pueblos es apoyar la obra de redención. Denunciar las iniquidades de la conquista imperialista. Pedir no interpretaciones de la oprobiosa Enmienda Platt, sino derogación total de ella. En la nueva Constitución cubana no ha de figurar cláusula que traiga vasallaje a poderes de afuera. Cuba no es colonia yanqui y no puede el imperialismo sujetarla. La Enmienda es hoy un apéndice podrido y las generaciones cubanas a quienes envenena tienen que cortarlo y echarlo al basurero.

A la intervención le anda huyendo el Departamento de Estado y por eso busca medios para someter al cubano sin el garrotazo de la Enmienda Platt. Pero mientras logró deshacerse de Machado y colocar al sumiso en ejercicio del mando, le dió interpreación acomodaticia. Una vez que encuentre un pueblo resuelto a acabar con todas las iniquidades yanquis, volverá al sentido primitivo y real de la Enmienda. De la literatura producida inmediatamente después de la caída del machadato son estas afirmaciones: "Por otra parte, la intervención habría producido antagonismos en todas las repúblicas latinoamericanas y como consecuencia habría complicado inmensamente la labor del Departamento de Estado" (Edwin L. James en el "New York Times"). "Ni el Presidente Roosevelt ni ninguno de los directamente encargados de la conducta del Departamento de Estado en sus relaciones con la América Latina no desean desembarcar marinos y soldados en Cuba. La razón para esa actitud fué la determinación del Presidente Roosevelt de mantener las fuerzas americanas, tanto como sea posible, alejadas de las actividades políticas y militares de las naciones latinoamericanas. Su anhelo ha sido que la conferencia de Montevideo traiga importantes beneficios económicos para todos y no quiso nublar esta esperanza con una intervención armada en Cuba". (Coleman B. Jones en el "Herald Tribune"). Como se ve, es simple conveniencia lo que obliga al Presidente Roosevelt a mantener cierta reserva hipócrita en los asuntos cubanos. Hoy dice el cable que reunió a los diplomáticos de estos gobiernos para tratar con ellos el caso de la gente nueva que tiene el Poder en Cuba. Por aquí se vendrán muy pronto los babiecas elogiando ese paso del mandatario yanqui. Nueva política, dirán. Y hay que decirles que es vieja política, la misma política de conquista de todos los días. Lean los testimonios de escritores que comentaron cuando creyeron arreglada la situación cubana al sabor del Departamento de Estado. Dicen esos testimonios que para no malograr el buen éxito de la conferencia comercial que tendrá lugar en diciembre próximo en Montevideo, el Presidente Roosevelt no quiere usar la Enmienda Platt. Para Montevideo hay un inmenso plan comercial. De allí saldrán los tratados que den preferencia al comercio yanqui y eliminen con barreras aduaneras terribles la competencia que hoy cercena aquella primacía. Bien puede quebrantarse hasta diciembre la norma intervencionista. Luego volverá la fiereza imperialista a pisotear todo brote de liberación.

Por esto decimos que la obra de Cuba tiene que ser pronta. Creemos que es movimiento de gente de decoro y de honor este que tiene el Gobierno de la isla. Pues a alentarlo todo el que sienta que la lucha no tiene tregua. El Departamento de Estado no podrá ocultar su ira si están en peligro los haberes de la factoría que es Cuba. Tratará de echar la persecución de todos estos gobiernos para que así no resalte la fuerza imperialista. Sin embargo, denunciando virilmente el crimen no será cometido. Cuba tiene que volver a su estado de libertad. Su momento grande ha empezado. A los gobiernos que sigan al Departamento de Estado para iniquilarla les daremos la condenación. Porque aliarse a ese poder por servilismo, por miedo, es mostrar horrible vasallaje.

Hablamos, naturalmente, tratando de adivinar en un futuro cercano los sucesos cubanos. Partimos de hechos y estamos en la posibilidad de acertar. Apenas hace dos días que la gente nueva es dueña del Gobierno. Tiene firmeza en la acción. Todo da la impresión de marcha con rumbo preparado inteligentemente. Y como por Cuba hablamos para salvarnos de la conquista imperialista, no aspiramos a profetizar. Queremos que triunfe el poder de unas generaciones limpias que han hecho de sus próceres guía y enseñanza. Queremos que esas generaciones acaben con la pudrición de regímenes sustentados por el Departamento de Estado. Lo que ahora adquiere Cuba como defensa de su libertad es conquista que favorece a nuestros pueblos. Pongamos fervor en la obra de crecimiento. Sólo así cuidaremos y nos daremos cuenta de los ataques que nos dañan. Alentemos al cubano de honor y de decoro que lucha contra el imperialismo.

Juan del Camino

Costa Rica, Setiembre de 1933.

La voz y el ejemplo del Dr. Agustín Nieto Caballero,

actualmente Inspector de Instrucción Primaria y Normalista de Colombia

= Fragmentos del Informe que figura en la Memoria del Ministro de Educación Nacional al Congreso de 1932. Bogotá, 1932. =

Dr. Agustín Nieto Caballero

Visto por *Rendón*

Finalidad de una jira ministerial

Convencidos todos los colombianos de la importancia que tienen hoy los problemas de la escuela, tocaba al Ministerio de Educación determinar un orden de prelación en el estudio y solución de estos problemas. Para mejor lograr este propósito, emprendimos, el señor Ministro de Educación Nacional y el Inspector General, una correría por todo el país, correría que primeramente abarcó los Departamentos del sur y que ahora abarcará todos los del norte de la República. Una triple finalidad se perseguía con este viaje: la primera, recoger una información directa sobre todos los elementos del problema; la segunda, conversar, cambiar ideas con los maestros y profesores, con los directores de las Normales, con los Inspectores y directores de educación; la tercera, afianzar, con lazos espirituales, cada vez más estrechos, la solidaridad nacional.

El Curso de Información para maestros

Para alcanzar nuestro intento de mejora en la escuela colombiana, llegamos pronto al convencimiento de que necesitábamos de lo que hoy se denomina "un equipo de hombres", entusiastas, bien preparados, inbuídos de un mismo espíritu. Esta idea nos llevó a organizar, tan pronto como regresamos de nuestra primera correría, este Curso de Información.

Pedimos a los Directores Departamentales que nos enviaran maestros que reunieran las más altas prendas de carácter, de moralidad, de inteligencia y de entusiasmo, y todas aquellas cualidades requeridas en quienes van a ser maestros de maestros, y dirigentes de la reforma educacional que proyectamos realizar. Como en la jira de estudio que estamos verificando habíamos tenido conocimiento de que en algunos sitios se averiguaba de antemano la filiación política de maestros e Inspectores, para repartir por iguales partes todos los puestos; y según el escalafón de servicios a una u otra causa política, creímos conveniente reaccionar contra esta curiosísima costumbre, pidiendo a los directores de educación que no desplazaran a los aficionados a la política de su actividad favorita, y que tan sólo los servicios a la causa de la educación y su devoción por ella se tuvieran en cuenta como factores determinantes en la escogencia que se hiciera.

Ajustada esta selección a las normas así exigidas, creemos haber logrado nuestro propósito inicial de hacer de esta reunión de maestros un verdadero certamen de cultura, digno del más alto prestigio moral y espiritual.

Nuestros trabajos han comenzado ya, y creo poder dar al Excelentísimo señor Presidente de la República la seguridad de que un mismo afán de servir a Colombia, fervorosa y lealmente, nos anima a todos los profesores y alumnos del Curso de Información. Tenemos fe en que congregados en el ambiente espiritual que para esta reunión hemos buscado, trabajaremos con la intensidad que determina la finalidad de lograr lo que para todos es, al mismo tiempo que un anhelo, un deber.

El programa de la reforma

Profesores y alumnos conservaremos aquí nuestra calidad de estudiantes, y huyendo de todo dogmatismo pedagógico, estudiaremos serenamente uno a uno los problemas que exigen una más pronta solución. El ambiente de esta escuela parece propicio para llevar a buen término nuestra idea. Queremos no solamente preparar el espíritu de los maestros que, después de trabajar un año con nosotros se pondrán al frente de la campaña de renovación educacionista en todos los Departamentos, sino que vamos a estudiar minuciosamente, con los cincuenta profesores aquí reunidos, todo el plan de reformas que para la educación nacional ha planeado el Ministerio del ramo. Tenemos fe en que al obrar de esta manera el Ministerio va a compartir, más que una responsabilidad, un honor y una muy íntima satisfacción patriótica. Lo que aquí decidamos tendrá un hondo sentido nacional, y determinará seguramente la unidad de acción que en materias educativas reclama la República entera. Tanto en la enseñanza primaria como en la secundaria trataremos de hacer más racionales los programas, aliviándolos de todo aquello que no sirva como información necesaria o como disciplina espiritual, y a todo lo largo de los años de escuela pediremos que el maestro siembre los gérmenes que despierten en el muchacho su sensibilidad social, su espíritu de cooperación y el sentido de su responsabilidad personal.

El nuevo plan de estudios

Comenzando por la escuela infantil, que organizaremos para los niños de cinco a siete años, tendremos una enseñanza primaria que irá hasta los doce años. Vendrá luego, para aquellos que no han de seguir una segunda enseñanza, la escuela complementaria, orientada hacia las artes y oficios populares, con una duración de dos años. La segunda enseñanza comprenderá seis años, y por ella pasarán lo mismo los candidatos a maestros que los que han de destinarse a otras carreras. Levantaremos así, con esta sencilla medida, el nivel del magisterio. Al maestro le daremos de este modo los condiscípulos que hasta ahora le negamos, puesto que le hemos recluído, desde el momento en que inicia sus estudios, en las llamadas Escuelas Normales que, en el corto término de cinco años—caso insólito,—dan a quien ha de encargarse de la dirección espiritual y moral de las nuevas generaciones, no sólo el contenido de las distintas ramas del conocimiento, sino también la metodología de todas ellas. El maestro recibirá en adelante, con los seis años de un bachillerato único de cultura general, que será el mismo requerido para el ingreso a las demás facultades, una sólida base para la iniciación de su práctica magisterial. Será entonces alumno-maestro por dos años, que servirán de prueba a su carrera. Terminado este período de práctica presentará su tesis para recibir el grado de maestro de escuela primaria,

(Pasa a la página 156)

El homenaje de Colombia al Dr. Decroly

(En el 1er. aniversario de su muerte, 16 de setiembre de 1932)

El Profesor Decroly

Calladamente se fué. El cable que no deja de anunciarnos la más ligera novedad o la más pequeña movilización de un boxeador, de un banderillero, de un actor de cine, ignoró al sabio que había trazado nuevos derroteros a la educación y había hecho estudios profundos sobre los anormales. Descolló en los congresos científicos y fundó un tipo de escuela en donde era la vida misma, y en la vida, lo que se estudiaba. Eso no les llamó la atención a las agencias de noticias. Por cartas llegadas de Bélgica supimos que murió el 16 del mes pasado. Y por revistas europeas supimos que pocos días antes habían muerto Kerschensteiner y Cecil Reddie, otros dos grandes psicólogos y educadores, a quienes también ignoró el cable.

El doctor Decroly tenía el alma de apóstol y no soñaba sino con la ciencia de la educación, con el objeto de hacer experimentos que prepararan mejor a los alumnos para las luchas de la vida y les dieran al mismo tiempo el gusto de la investigación. Sin dejar de reconocer el inmenso papel que en todas las actividades humanas representa la memoria, fué uno de los grandes reaccionarios contra el sistema memorista que, en el mejor de los casos, tendía a hacer de los cerebros simples bibliotecas, con catálogos y con resortes, para poner a funcionar los conocimientos como repetición apenas de lo aprendido, sin verdadera conciencia de su significado.

El quería el ejercicio del discernimiento. En el libro abierto de la naturaleza aprendía las lecciones. Pero más que lo aprendido por él, lo que quería enseñar era su sistema, para que los mismos hallazgos y las mismas venturas que habrían sido suyos en sus afanosas búsquedas, fueran de sus discípulos. Otros podían hallar en las investigaciones aparentes verdades diferentes. Mejor. No creía en lo abstracto como creación o posesión del hombre y se conformaba con las verdades que tenían ese aspecto ante su criterio probo. Otras podían venir que desvirtuaran las suyas. Listo estaba a examinarlas y a cambiarlas, porque era un hombre de ciencia y la ciencia es renovación cada vez que una nueva luz alumbra.

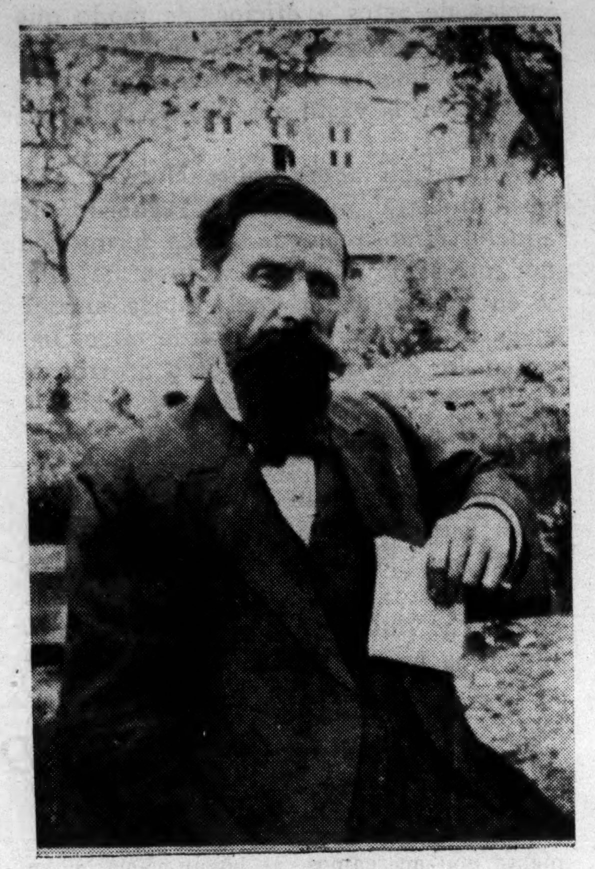
Nadie como él dió un desarrollo tan armónico a los centros de interés, para llegar a la universalidad de los conocimientos desde un punto de partido modesto, hasta trivial, pero desarrollado con el arte de quien tiene los conocimientos que la constante observación permite acumular, unidos a la disciplina pedagógica. Todo en su enseñanza iba encauzado hacia la formación del criterio. Quería que se aprendiera a razonar, pero experimentando, no partiendo de galimatías casuísticos porque el triunfo de la verdad le importaba más que el triunfo de la habilidad o del ingenio.

Como un observador de insectos se inclinó sobre los cerebros de los anormales. Era preciso averiguar a qué obedecían los defectos de su funcionamiento. Celdas obstruídas, celdas demasiado abiertas, células de vibraciones vertiginosas o células perezosas, misterio el conjunto de una rara atracción, que invitaba a sondearlo, a ser un buzo espiritual que descendiera a encontrar las algas, los monstruos, y en ocasiones las perlas, por allá escondidas en un repliegue del cerebro como en la cavidad de una roca.

Llevó sus conclusiones a los congresos internacionales. Se le tenía por uno de los más penetrantes psicólogos del viejo mundo y por uno de los conductores más hábiles de la reforma educacionista en su tiempo. Su descanso era siempre un cambio de trabajo. No sabía estar ocioso. Libros, laboratorios, conversaciones con los entendidos, congresos, encuestas, pero sobre todo la observación atenta y cotidiana de sus alumnos, de sus favorecidos, eran su ocupación y eran su recreo.

Tenía el alma infantil. Lo conocimos muy íntimamente porque vivió varios meses en Bogotá, en casa de nuestro hermano, traído por él, que había logrado contagiarlo de entusiasmo en Europa por el Gimnasio Moderno. Había que verlo vivir, tan sencillo, casi tan ingenuo, saturado de bondad, con una santa alegría en medio de los niños, que podían cansarse haciéndole preguntas, porque él tenía una respuesta, adecuada, cariñosa, inteligente, para todo. Les enseñaba a analizar la tierra, les hacía como jugando verdaderos cursos de geografía, de mineralogía, estudiaba con ellos las aves, los insectos que aprisionaban, las costumbres de los animales domésticos.

No se sabía, cerca de él, si era un sabio o un santo. Sus barbas patriarcales hubieran quedado bien en un padre de la iglesia. Y era infinita la suavidad de su voz, la dulzura de su ojos azules. Había sufrido, había sido hostilizado, su enseñanza había sido desfigurada por malas gentes, por negociantes en educación, por enemigos de toda reforma, de los que se adormecen con gusto sobre la rutina. De nada se quejaba. Hablaba de esas pugnas como hubiera podido hablar de la lluvia o del granizo, de un fenómeno natural, sin amargura. El no tenía en el alma sino benevolencia.



Dr. Ovidio Decroly

El Dr. Decroly

= De *Cromos*, Bogotá =

Era la más noble figura de los educadores contemporáneos. Había nacido para hacer el bien, y llenó con excelsitud su cometido Cerebro y corazón se confundieron de tal manera en él que bien pudiera decirse que sentía con el cerebro y pensaba con el corazón. Por eso su figura apostólica inspiraba una admiración cariñosa y un cariño admirativo. Rico en dones del espíritu, y generoso por el impulso de su misma naturaleza, daba a manos llenas sus enseñanzas. No conoció el odio ni el rencor porque en él las pasiones se sublimaban hasta quedar limpia de escoria. Amó con una misma ternura su hogar, su escuela y sus libros, y con esa misma ternura, perdonó a quienes se llamaron sus enemigos.

Impregnado del espíritu de Jesús, buscó siempre a los niños para dialogar con ellos, se apiadó de sus desventuras, adivinó sus inquietudes, compartió sus regocios. Quiso llenar de sol y de alegría el alma de esos chiquillos que llegaban hasta él. Su escuela fué como un árbol frondoso lleno de nidos. Allí la canción de la vida se oía por todas partes.

Su hogar fué un santuario en el que se confundieron el amor y la ciencia: la compañera de su vida y sus hijos, fueron los más asiduos de sus colaboradores. De la amistad hizo un culto, y en torno de su mesa se sentaron hombres que venían de los cuatro puntos cardinales del mundo y que le oyeron siempre como se oye a un padre o a un hermano mayor a quien se mira con reverencia filial.

Otro será el momento de hablar del médico eminente, del investigador infatigable, del creador de un nuevo sistema educativo que atraviesa como un río caudaloso los cinco continentes. Hoy la emoción del adiós sólo deja pensar en el maestro, en el amigo, a

(Pasa a la página siguiente)

Y tenía desinterés: Jamás supo qué cosa era el dinero. Compadecía a los buscadores de fortuna porque ignoraban que la verdadera fortuna está en el ideal, en el goce íntimo con aquello a que se haya resuelto aplicar noblemente las capacidades en la vida. Satisfechas las necesidades primordiales, lo demás era superfluo. Entre nosotros dió una demostración. Como considerara el Gimnasio Moderno que la serie de luminosas conferencias que había dado sobre psicología infantil—tan generosas a pesar de lo que digan aquellos a quienes López de Mesa llamó litigantes mentales, y sus secuaces—merecía alguna retribución, lo mismo que los trabajos prácticos realizados por él en el instituto, y sus consejos fecundos, le entregó, midiendo la cantidad, para que no fuera a rechazarla, la suma de mil pesos. Ahí le saltó el alma.

Con las más gentiles expresiones rechazó la suma. Pero fué tenaz el Gimnasio. Casi haciéndole violencia lo obligó a recibirla. Con ella partió para su patria. Acaso entre los individuos que tuvieron conocimieno del caso no faltó la sonrisa del escéptico. Pero el tiempo pasó. Dos meses después de la partida del sabio recibió el Gimnasio una carta agradecida, de un orfelinato de Bruselas, por la donación que le había hecho. El doctor Decroly le había entregado la suma, y no como regalo de él sino como envío del Gimnasio ¿Puede darse algo más delicado y más revelador de la excelsitud de un espíritu?

En ese espíritu, radiante ya cuando animaba la carne perecedera, acaba de desprenderse para continuar el viaje a que estamos sometidos los seres a través del espacio. O es una chispa de Dios que ha vuelto a Dios, después de haber prendido incendios de bien sobre la tierra. Si Bélgica ha debido enlutar su bandera, Colombia ha de sentir la tristeza que causa la desaparición de un amigo, de un hombre cuyo conocimiento era un regalo de lo alto. Para nosotros, que estuvimos muy cerca de su corazón y de su espíritu, la noticia de que ya nunca más volveremos a saber de él nos llena de congoja.

Sepa la dulce compañera de su vida, tan rudamente herida, que en Colombia hay quienes en esta hora de sollozos la están acompañando.

L. E. Nieto Caballero

(De *El Tiempo*. Bogotá).

Con emoción dolorosa damos a los institutores de Colombia una mala nueva, consistente en la desaparición del Dr. Ovidio Decroly, maestro de maestros cuya muerte ha enlutecido al noble y bello pueblo belga, y a la pedagogía universal.

Hace poco registramos la muerte de Cecil Reddie y poco después aconteció la de Kerschensteiner, hombre dinámico por excelencia a quien debe Alemania una labor enorme de experimentación pedagógica; como consejero escolar de Munich de 1904 a 1919, llegó a tener a su cargo un millón y medio de alumnos primarios, seiscientos mil de escuelas complementarias y cien mil de escuelas de artes y oficios, de modo que con él la escuela del trabajo dejó de ser un experimento en pequeño para convertirse en la vasta práctica de la docencia oficial.

Al escribir ahora sobre Decroly, viene a nuestra memoria el recuerdo de aquella famosa ley de series formulada por un sabio que fué víctima de ella, y en virtud de la cual nunca sucede aisladamente un fenómeno de tal o cual orden sin que determine otro u otros de la misma índole en un corto espacio de tiempo.

Colombia por motivos muy claros está vinculada al gran reformador de Bélgica; sabedor de que en nuestro país existía un plantel en el cual se seguían muy de cerca sus enseñanzas, quiso conocerlo y vino a él sin pedir más emolumentos que lo necesario para atender a sus necesidades de viaje y manutención, pues era pobre y no aspiraba a ninguna fortuna material, sino al enriquecimiento de su alma y a la propaganda de las buenas ideas. Bogotá oyó de sus labios la palabra de verdad, y Medellín también pudo escucharlo con recogimiento y admiración.

Hizo serios estudios de medicina que esclarecieron su conciencia de educador, y luego se dió con cariño íntimo y paciencia sapiente a conocer el secreto de esos pobres seres anormales para quienes la vida es avara, pero que pueden tener el secreto de algo fecundo para la misma existencia que los tiene en poco; y cosa admirable, esos estudios de los anormales dieron la clave de ideas trascendentales en la educación de todos los niños, con resultados que la ralidad acopia como un tesoro.

En el mundo de los observadores conscientes la manzana de Newton cae todos los días; y así la naranja que uno de sus hijos come, y sobre la cual desea saber algunas cosas, le sugirió la

El Dr. Decroly...

(Viene de la página anterior)

quien ya no volveremos a escuchar. Quedamente nos acercamos al hogar vacío, y en el silencio de un dolor que hace nuestra visión confusa, nos mezclamos con los huérfanos que rezan por el eterno descanso de quien jamás descansó.

Agustín Nieto Caballero

Una carta del Dr. Decroly

= De *El Gráfico*. Bogotá =

El 12 de septiembre murió en Bruselas el doctor Ovide Decroly, famoso educador, cuyo nombre quedará ligado a reformas de mucha entidad en los campos de la pedagogía y de la psicología experimental, como quedará su recuerdo indeleblemente impreso en el corazón de cuantos lo trataron. Era la bondad misma, era el desinterés, era el constante gusto de la acción. A Colombia la quiso con toda el alma. Traído por Agustín Nieto Caballero para que le hiciera las indicaciones que juzgara pertinentes acerca del Gimnasio Moderno, vivió tres meses en Bogotá y pudo ser ampliamente apreciado por todos los intelectuales. Su separación nos llena de tristeza. Para explicarla mejor reproducimos la carta que le dirigió a Agustín Nieto Caballero hace siete años. ¡Cómo nos sentimos conmovidos ante tanta nobleza!

Mi querido Agustín:

Permítame llamarlo así. Las semanas que tuve la dicha de pasar en su país y en su casa, como un miembro de familia, con los suyos, compartiendo sus goces y sus penas, cambiando ideas, participando en un mismo trabajo, en ese trabajo que encuentro grande por encima de todo; la ocasión que tuve de conocer mejor la riqueza maravillosa de sus sentimientos y de su espíritu social por excelencia; la admiración sin límites que siento por su valor, su abnegación, su extremada bondad, su tacto exquisito y su feliz optimismo en todo y contra todo, además de una multitud de recuerdos preciosos, emocionantes, de los días ya muertos, a los cuales la imagen de usted se asocia estrechamente, de manera íntima, con los paisajes grandiosos y con las impresiones múltiples que me causó el espectáculo extrordinario de su incomparable país; el desgarramiento que sentí al separarme de su hogar, de sus niños, y de usted, circunstancias son todas que crearon entre usted y yo vínculos de estimación, de afecto, de simpatía profunda, tan profunda como no he tenido tal vez en toda mi existencia. Al mismo tiempo todo lo que a usted le es querido se ha vuelto para mí querido: sus cuatro niños, su familia, el Gimnasio, su patria, todo aquello a que se ha entregado usted en cuerpo y alma.

Tengo también un hogar y deberes cívicos y sociales que cumplir en mi patria, pero me parece que al contacto de usted y bajo la influencia de su ejemplo contagioso me he vuelto mejor, más rico de corazón, más activo. Así, cada vez que pienso en los míos, en mis compatriotas, pensaré también y como por instinto en los suyos, en los colombianos, en los niños sobre todo, porque son los niños lo que más me interesa en el planeta y porque es a ellos a quienes he dedicado mis esfuerzos y mi vida.

Al decirle todo esto me conmuevo, me enternezco, y debo sobreponerme para detener las lágrimas que asoman a mis párpados, como en Bogotá el día de mi salida o como en Puerto Berrío cuando nos despedimos. Lágrimas de tristeza, de esperanza, de inquietud, de ansiedad, cuando pienso en las dificultades que habrán de presentársele, en las preocupaciones por la educación de sus hijos, en las que le reservan el Gimnasio, las querellas políticas y el porvenir de su patria.

Confío en que recibiría mi telegrama y en que su viaje a Bogotá haya terminado felizmente. Mis homenajes de gratitud a su señora, mil cosas afectuosas a los niños y recuerdos muy cordiales a todos los amigos. Para usted mis sentimientos de devoción más cordiales.

O. Decroly

idea de los Centros de Interés, de la globalización de la enseñanza que consulta fines profundos de la vida y de la naturaleza infantil.

Pero como él sabe que la letra mata y el espíritu vivifica; que los hombres suelen confundir la forma con la esencia en perjuicio naturalmente de las ideas, no quiso cristalizar sus pensamientos sino sugerir para que los cerebros tengan esa libertad diáfana, esa frescura espontánea que permiten la agilidad, la rectificación y el invento continuos.

La intelectualidad belga recibió su benéfico influjo en la Normal y en la Universidad, como también en los congresos pedagógicos a que asistía, y durante la guerra fundó refugios para los niños en los barrios de Bruselas.

Dicen quienes lo conocieron de cerca que su sabiduría corría parejas con su modestia, y que su dulzura era una suerte de resplandor del alma, al punto que la relación de su vida nos hace pensar en el santo laico tantas veces elogiado hoy por los escritores.

Siendo él el hombre superior en el campo educativo llamaba a Dewey su maestro y lo hizo proclamar benemérito de la pedagogía.

Es este, a grandes rasgos, el egregio varón que acabamos de perder, y cuya extinción es a todas luces irreparable. Deja al morir una bellísima arquitectura pedagógica que sus admiradores y discípulos tendrán como modelo para la grandeza de la ciudad espiritual que han de construir como morada de almas excelentes.

(Editorial de *Cultura Colombiana*. Bogotá)

Luz en la sombra

= *Envío del autor.* =

A Carlos Jinesta.

La tos de **Yaya** tableteaba la sombra de las amanecidas en aquel suburbio de aleros cabizbajos, en cuyas callejuelas hacía guardia el silencio.

—Tos **pa** ser terca...!

—Aaay, **yesta** bendita espalda!

Insomme, el gallo del guayabo dejaba ir su clarinada lúgubre, tirando el pico hacia el maíz de las estrellas. Y la candela iba en las manos temblorosas de Juanico, de la **cuja** a la cocina, de la cocina a la cuja. A veces, una lágrima amarga se ensartaba en la punta de la llama.

—Tos pa ser necia...!

—Aaay, **yeste** pecho!

Tizanas, **flotaciones,** trapos calientes... A Juanico le estremecía un extraño temblorcillo de piernas, y aquella tos de Yaya, ¡tan necia! se le metía alma adentro para subirle después, hecha torsal, a la garganta.

—**Costate,** Juanico!

Pero Juanico no decía palabra, sentado al borde de la cuja, fija la vista en la sonrisilla de **Meterio,** que dormía al rincón, y en los ojos de Yaya, grandes, hondos, brillantes.

———

Al salir del consultorio, ella suplicaba al médico:

—No se lo diga a Juanico... Déjese **pausté** mi desgracia... Si usté se **lo sopla,** se despista de yo y me quita a Meterio...

Por sus mejillas lívidas corrió la sangre tibia de su alma. Se hizo un silencio triste, que rompió el médico:

—En cuanto al niño, ya le dije: ¡Se lo prohibe rotundamente la ciencia!

Yaya echó a andar hacia el suburbio, toda bañada en sangre de alma.

———

Desde el andamio de los horizontes, el alba pintarrajeó a grandes brochazos malva y oro, los cielos indecisos.

Juanico iba pa las chapias, cabizbajo, sin ver el camino, con aquella pensadera y aquella pensadera, **condenación que no podía quitase.**

En el tugurio, Yaya envolvía sus ropas, y envolviéndolas, se le mojaban. Después alzó en brazos a Meterio, y estrujándolo hasta hacerlo llorar contra su pecho enfermo, lo envolvió con los ojos, a besos largos, muy largos...

—La **cencia!!** ¡Lo que puede la **cencia!** ¡Hasta **prohibile** a uno besar el hijo **quésdiuno!**

Y volviendo la cara para no verlo hacer **cucharas** al tiempo que alzaba sus manecillas níveas, dejólo en la puerta del vecino, y partió.

———

Una gran tristeza lila caía sobre la sierra cuando Juanico volvía al tugurio. Las viejas del vecindario hacían corrillo en las ventanas:

—¡Pobrecillo Juanico!

—¡Tanto que **liaparentaba!**

—¡ Y **siagiló,** la pilla... Sabe Dios con quién!

Sunción, flor del suburbio redimida de un pretérito cuyo recuerdo le **amuinaba,** se acercó a Juanico, misericorde y condolida:

—**¡Yorés!,** Juanico, los hombres no **yoran** cuando **la pava siagila.** ¡Habemos tántas mujeres...!

—**Nués** que yore, Sunción, es esta judía **basuriya** que traigo en **estiojo!**

Y se quitaba el pañuelo.

Aquella misma tarde, las puertas de una gran casa enclavada en la montaña oyeron una voz que se ahogaba:

—Hasta **quitale** a uno el hijo **qués diuno,** y todo... todo lo **qués diuno...**

Era el Sanatorio...

———

Tres meses.

A Juanico le escribían con insistencia. Pero el cartero nunca lo encontraba en casa: Juanico era barbero de montes.

Las cartas iban al fuego, despedazadas con rabia por unas zarpas felonas.

De noche, cuando dormía, Meterio pasaba las manos por unos cabellos largos, ahí en el mismo lecho de Yaya:

—Yayaa, Yayitaaa...

Y dejaba ir pedacitos de alma su boquilla húmeda de lágrimas. Pero al despertar:

—**Noo, esta nués Yayaaa...**

Indice de oro, el rayito de sol que se colaba por la hendija, le señalaba dos bocas juntas en la culminación del placer. Y entonces:

—Noo. Esta nués Yayaaa...!

Meterio había perdido su nombre y en su lugar tenía varios: **Baboso, Jartón, Churretes...** Era un terroncillo ambulante por el vecindario, y traía, en reposición de aquellos besos húmedos de sus mejores tiempos, en la cara y en la espalda, la amoratada litografía de unas manos inmisericordes. Sólo al caer la tarde le llamaban por su nombre y le besaban los arabescos que en la mejilla le trazaban tierra y lágrimas.

— Meterio!

Y corría alzando las manecillas a Juanico.

———

A la ciudad había llegado un loco ridículo, y la ciudad reía a su paso: el Carnaval.

Sunción quería ir a la **príngana,** aquella noche:

—**Tialistás,** Juanico, y él obedeció dócil y silencioso. En eso, llamaron a la puerta. Era el cartero.

Juanico **deletrió** la carta, y se dirigió a Sunción: algo iba a preguntarle. Pero la voz iba a salirle temblona, y sólo pudo mirarle de la cabeza a los pies, con ojos idiotizados que nada veían.

—¿Qué me ves?

—Nada.—Y se fué patio adentro, con un estorbo en los ojos y en el alma.

A allá fué a traerlo ella, echándole el brazo al tiempo que decía:

—¿Nos **juimos?**

Y lo arrastró ciudad adentro, camino de la príngana.

—**Qués** lo que te **trés** vos! ¡Vos estás como **dundo!**—Pero Juanico no oía, ni veía nada: iba hecho un sonámbulo.

———

El tiempo se metió en la torre y de doce martillazos partió la noche medio a medio.

Meterio despertó arropado en la fría oscuridad del tugurio, y rasgó las sombras su gemidillo de vientos tormentosos al abatir los juncos. Quitó el banco de la puerta y se echó a la calle: ahí era un duendecillo exilado de su fantástico mundo.

—Yayaa, Yayitaaa...!

El viento coreaba el trémolo de su lloro.

Abejón lustroso de ojos de oro, el ómnibus venía, borracho de distancias: de pronto chirrearon sus ruedas, zigzagueó fragoroso, y no se oyó más el gemidillo de Meterio.

En la calleja quedó, palpitante, un montoncillo macabro. Agitaban las rachas los **colochos** de Meterio, husmeando sangre tibia, se acercaron los canes

del suburbio, entornaron los ojos a la altura, y buscaron a Dios.

El sol de la mañana ponía un beso misericorde en los afeites derretidos del rostro de Sunción. Juanico despertó, y se arrugó su frente,—cosa rara—viendo vacío el nido de Meterio. Se estregó los ojos, y sentado al borde de la cuja, se abismó en la contemplación de la tragedia. Y se resolvió: su diestra, temblorosa, se escurrió debajo de la almohada, y al sacarla, hubo reflejos en la penumbra del cuartucho. Su rostro adquiría la palidez del criminal frío, y quería pulverizar la empuñadura su diestra crispada. Así estuvo largo rato. Cuando volvió en sí, vió el acero en el suelo: era que una mano hercúlea habíale apretado la muñeca hasta hacerlo aflojar la daga vengadora: el recuerdo de Meterio!

Hundió la diestra convulsa en las ropas de Sunción,y sacudiéndola despiadado, con desprecio y con rabia, se le ahogaba la voz en la garganta:

—¡Tiagilás! Tiagilás ya! Pero es ya!

Flor de juventud, plena de gracia y de vida, volvía Yaya al suburbio, aquella tarde, y halló el cuartucho vacío, nido yerto que derribó la ventolera de la desgracia.

Juanico había **cogío por ai, por ai on-**

de poder curase diuna condenación que **liapetraba** en el **guargüero,** y que a veces ponía nébulas en la pupila:

—¡Me **juigo deste** barrio... Aquí me **vuá patiar loreja, desta** condenación que **nian** yo **mesmo** me entiendo...!

Yaya fué al Hospital. Allí estaba Meterio, sonriente, como siempre. Teníanle una gruesa venda sobre los ojos que la ciencia se esforzaba en rescatar.

—Meterio, Meterio! ¡Yo soy Yaya!

Añoró él la voz conocida, alzó los brazos, y después de recorrer con las manos el rostro anegado de la madre, la asió por el cuello, hecho un loco:

—¡Esta siés Yaya!

La enfermera, jovial, preguntó:

—¿Es mamá? ¿Esta si es mamá?

—¡Siés!—respondió firme—porque tié los ojos mojaos...!

Héctor Solano Blanco

Alajuela, 1935.

La voz y el ejemplo del Dr. Agustín Nieto...

(Viene de la página 152)

lo mismo urbana que rural. Se establecerá un escalafón que no ordena la cuantía de la remuneración en relación con la localidad de la escuela, como todavía se hace hoy en algunos Departamentos, sino que tenga en cuenta únicamente el grado de cultura del maestro y el valor de sus iniciativas. A la primera categoría sólo pertenecerán los que agreguen a la preparación de estudios de segunda enseñanza dos años de estudios en la Facultad de Educación. Esta Facultad comprenderá cuatro años y preparará también a los profesores de segunda enseñanza y a todos los Inspectores Escolares de primera clase. El bachillerato único implica naturalmente un año posterior de especialización para las distintas facultades de la Universidad. En número de años no habrá, con esta innovación, cambio alguno, puesto que quedará eliminado el sétimo año de bachillerato actual para ser reemplazado por el año universitario de afianzamiento de las materias en que se cimentan las disciplinas de cada Facultad. En cuanto a los alumnos destinados a la carrera del magisterio, podrán entrar en la Facultad de Educación tan pronto como reciban su título de maestros.

Todo esto exigirá, lógicamente, un aumento en los presupuestos destinados a remunerar mejor al maestro, ya que no habrá manera, con la escasa detribución que hoy se le da, de atraerlo a esta carrera, terminados sus estudios de bachillerato, por grande que fuera su vocación.

Por el momento, y mientras se prepara debidamente al maestro con los estudios completos de segunda enseñanza, estará abierto el Curso de Información que ahora iniciamos y que preparará cada año, y hasta donde ello sea posible, los elementos que nos han de servir, en todos los Departamentos, para dar la orientación que proyectamos a la instrucción primaria y normalista.

Una gran escuela experimental

Aspira el Ministerio, y en ello cuenta con entusiasta apoyo del Excelentísimo señor Presidente, a dotar a la capital de la República de un instituto que, bajo el nombre de Facultad de Educación, comprenda en un organismo vivo todo el plan de reforma que estamos considerando. Será esta Facultad una vasta escuela experimental en donde el Estado pueda mostrar cuál es su concepto y cuáles son las normas que estima aconsejables, lo mismo en la escuela primaria que en la complementaria y en aquella de segunda enseñanza que preparará de manera uniforme para todas las carreras. Estas distintas secciones con sus campos deportivos, sus talleres de trabajos manuales, sus laboratorios y bibliotecas especiales y su seria organización docente, servirán como escuelas anexas a los cursos de la Facultad. Podrá así el Gobierno reducir en un solo cuerpo, pleno de una vitalidad armoniosa, todas las dependencias que han de ser movidas por el mismo espíritu renovador.

Bello espectáculo humano el de este conglomerado social que se moverá dentro de una misma disciplina—la del trabajo que interesa—y en donde no surgirán problemas ajenos a los propios intereses de la niñez y de la juventud, porque desde el Jardín de Niños hasta el último año de la Facultad el ambiente creado decidirá de las preocupaciones de todos los días.

La oficina de orientación profesional que va a crearse bajo la experta dirección del técnico que ha salido ya para Colombia, encontrará en esta institución su lugar apropiado.

Bibliotecas y Museos pedagógicos

En el Ministerio de Educación funcionará una biblioteca y un museo con todas las obras y documentos que sean indispensables para mantener al día el movimiento que ahora se inicia, e idénticas fundaciones se harán en todas las direcciones de educación de los distintos Departamentos. La Nación proveerá sin demora a la creación de estos nuevos organismos. Están ya listos los pedidos y apropiada la partida en el Presupuesto para llevar a feliz término esta idea dentro de las modestas proporciones en que ahora es dado hacerlo. Esperamos, pues, que para el momento en que los maestros que hoy nos acompañan regresen al lugar de su actividad, encuentren allí los libros, las revistas, los elementos que aquí aprendieron a conocer, y puedan multiplicar su eficacia y mantener su ánimo para seguir progresando en su carrera y contagiando su fervor.

Por medio de la radiodifusora puesta ya al servicio de la propaganda cultural que queremos llevar hasta los más distantes rincones del país, prolongaremos el contacto espiritual con los que aquí nos acompañan hoy y con todos los que vayan congregándose por un mismo espíritu en torno de ellos.

La Biblioteca Nacional, convertida en el dinamo cultural que nos mueve hoy a todos, nos ayudará con la distribución de obras de interés general a todos los Departamentos, y su Sección Infantil será pronto un modelo para todas las similares que han de crearse en el país.

En la distribución parsimoniosamente meditada de los cortos dineros de que puede disponer en el momento actual el Ministerio, no hemos olvidado la **cinematografía educativa,** cuyas películas, admirablemente concebidas, haremos circular por todas partes, en franca rivalidad con las antieducativas. Tampoco podíamos olvidar las **reproducciones artísticas** que transformarían, de la noche a la mañana, el feo aspecto de nuestra escuela pública, que tanta alegría ha de tener.

El edificio todo de la escuela será, en las nuevas construciones que se hagan, bello dentro de su sencillez, sugestivo para el que le vea de fuera, y hondamente atractivo para el que tenga que penetrar en él. Una Sección de Arquitectura Escolar acaba de crearse dentro del Ministerio como primera consecuencia lógica de la Sección Técnica que comenzó a funcionar a principios del año. Ya se ha elaborado allí el plano de la colonia de vacaciones, cuya construcción se iniciará próximamente, y que va a servirnos para llevar al campo a los pequeñuelos de las escuelas públicas que jamás gozaron de este privilegio. En lo sucesivo procuraremos que todas las nuevas construcciones escolares se hagan fuera de las ciudades. Convertidas así virtualmente todas las escuelas urbanas en rurales, el arraigo a la tierra no será más una utopía, y en vez de edificios suntuosos se pedirán construcciones campestres en muy amplios terrenos.

Vincularemos la Escuela de Bellas Artes a la enseñanza pública. Valiéndonos de esa experta dirección no sólo para la enseñanza de dibujo, a la que vamos a dar la importancia primordial que tiene, sino para la ayuda inteligente en todo lo que tenga relación con el ambiente que ha de envolver a las escuelas futuras del país.

La acción social de la escuela

Los maestros, que ante todo han venido a recibir una buena inspiración para las tareas que les espera, se harán seguramente a las disciplinas espirituales que más importan al educador, y se iniciarán al mismo tiempo en los procedimientos que a nuestro entender sean eficaces para su tarea. Pero no llenaríamos cabalmente nuestro propósito si no les mostráramos en su funcionamiento las obras colaterales de la escuela, sin las cuales no tendría cómo fundamentarse ninguna de las reformas de que vamos a tratar en el curso de este mes. Los llevaremos a ver la organización del servicio médico, que no llena solamente la necesidad del examen científico del niño, sino que está convertido ya en la acción eficaz que cura al enfermo y realiza una persistente campaña de higiene. La Cruz Roja juvenil en acción, será profundamente sugestiva para todos los que observen su funcionamiento. Con los maestros visitaremos también los numerosos grupos de escuelas en donde se reparte el desayuno escolar. Los invitaremos a alguna de las reuniones dominicales que en los mismos recintos de las escuelas públicas hacemos para lograr la aproximación entre padres y maestros. Con algunos de los alumnos hemos ido ya a la escuela pública, en donde estamos implantando todo lo que quisiéramos ver en cada una de las escuelas del país. Allí han visto ellos hasta dónde alcanza el buen ánimo del maestro abnegado y cuánto es posible hacer con sencillas ideas, que sólo necesitaron para ponerse en marcha el estímulo de una inspección que en vez de criticar animará. Estudiaremos también el funcionamiento de la Caja de Ahorros para Maestros, que funciona como organismo independiente, bajo la entusiasta dirección de uno de los empleados del Ministerio de Educación. Visitaremos escuelas en la misma forma que ya lo hemos hecho con el señor Ministro, no por cumplir con una fórmula protocolaria, sino para estudiar minuciosamente sus problemas.

Una actividad sin apresuramiento mueve hoy al Ministerio de Educación Nacional, asociado ya el Gobierno de Colombia a la Oficina Internacional de Educación, y en contacto la Inspección Nacional, por medio de un incesante intercambio de correspondencia, con los grandes centros de investigación pedagógica, contamos con una rica documentación que va a prestarnos la más preciosa ayuda a que pudiéramos aspirar en el estudio de todos nuestros problemas educacionistas.

Agustín Nieto Caballero

La niña del cocotero

= *Colaboración* =

Romance bufo hecho para celebrar el viaje imaginario de Luis Cané a Río, para visitar a una su amiga que tenía la debilidad de hacer versos. Lo escribe D. Arturo Torres Rioseco, vecino y natural de Talca, en las floridas márgenes del Claro.

Debajo de un cocotero
la niña se suele estar...

Vestida de hojas silvestres,
sinfonía en verde y negro,
la niña de Río estaba
debajo de un cocotero.
Collares de plumas de oro
le circundaban el cuello;
sus labios gruesos exhalan
un perfume de canelo.
Y sin embargo está triste
la niña del cocotero.

De Buenos Aires llegaron
noticas de mensajero,
que muy pronto Luis Cané
partía a Río Janeiro;
y en la espera y la demora,
la realidad y el ensueño,
chocolate de su boca,
café sin leche su pelo,
con unos ojos grandotes
y unas pestañas de cuervo,
sonríe y llora la niña
debajo del cocotero.

¿Por qué tardas, Luis Cané,
poeta de romancero?
Abanicos te preparo
para mantenerte fresco;
jícaras de chocolate,
piñas y bananas tengo;
guacamayos que repitan
el romance que más quiero,
ese de la niña negra
que llevaron en un féretro
y que si no llegas pronto
se repetirá de nuevo.

Dicen que en tierras de Chile
se te ha quedado un recuerdo;
en celos estoy ardiendo,
mal poeta y caballero.
Te fuiste al país de Préndez,
vate de capa y chambergo,
y yo me quedé llorando
debajo del cocotero.

Una "saudade" profunda
me tiene "ferido o peito";
olvidos lloran ternuras
en las aguas y en el viento.
Grupos de monos insultan
con sus gritos el silencio;
deslumbramientos de loros
cruzan verdes por el cielo.

Las hojas que a mí me cubren
cilicio son de mi cuerpo...
Desnuda quisiera ir,
calles de Río Janeiro,
dando todos la noticia,
noticia de mensajero:
—Ya se acerca Luis Cané,
poeta del "Romancero"!

Pero he de quedarme aquí,
en un vegetal encierro,
esperando tu llegada
debajo del cocotero.

Arturo Torres Rioseco

Buenos Aires, Abril de 1933.

La evolución social de Hispanoamérica

= Colaboración =

La crisis pertinaz que atraviesa en estos momentos históricos la civilización contemporánea, es una dura lección para la humanidad y a la vez puede ser una promesa de renovación y mejoramiento futuros. Nunca como en esta hora del mundo se había presentado un conjunto tan numeroso de circunstancias adversas para el hombre en el camino ascendente de su progreso; nunca como ahora se había visto tan rodeado de sombras, tan incierto en la orientación de sus actividades naturales; nunca se había presentado ante él una tan larga cadena de viceversas, de inconsecuencias y de dudas misteriosas; pero tampoco nunca como en el día de hoy se había ofrecido ante su vista una más amplia y fecunda perspectiva, si logra dirigirse con acierto a la codiciada meta del sumo bienestar terrenal. Lo difícil, lo escabroso es el tino en la escogencia de la ruta, en la orientación que debe darle al desarrollo social, para evitar los abismos en que cayó la generación anterior y poder así marchar sin detenciones súbitas ni retrocesos desgraciados.

En la Europa el momento no es propicio para realizar una espurgación conveniente de procedimientos o teorías; porque es allí en donde se ha producido el choque, en donde se ha roto la cadena de la normalidad, por la distención violenta de fuerzas dispares obrando en el seno mismo de la civilización; por los errores de la ceguera mental en que cayeron los hombres ensoberbecidos. En la América Hispana, en cambio, todavía se respira una atmósfera serena, no enrarecida aún con las pasiones en choque y por tanto la visión del futuro puede ser y es, en verdad, nítida, y el acierto se halla a la mano de la voluntad. La consideración de algunos aspectos del derrumbe social ocurrido en las naciones del Viejo Mundo, sería oportuna para el estudio de nuestras perspectivas futuras. Los errores cometidos allende los mares deben ser como la señal de peligro puesta en el camino de las sociedades americanas.

¿Cuáles son las causas que han traído a las naciones europeas a esta pugna abierta de intereses, a esta conmoción permanente, a esta exacerbación de rencores que pone la dinamita o el puñal en las manos de los unos y la metralla o las bayonetas en las de los otros; cuáles son las razones que han abierto ese abismo entre seres de una misma especie, de una misma raza y aun de una misma patria? En el largo camino de la Historia de la Humanidad, la inventiva laboriosa había ido arrancando unos en pos de otros sus más espléndidos secretos al misterio de la naturaleza, para ponerlos al servicio del progreso: el vapor aprisionado entre paredes de acero, multiplicó hasta lo infinito el poder de movilización de los pesos inertes, sirvió para barrer las distancias, permitió la penetración en las entrañas de la tierra, para sacar de ellas los tesoros que encierran; aplicado a la navegación, trocó la zozobrante marcha de endebles barcos en la vertiginosa carrera de esas magníficas ciudades flotantes que conducen de una a otra costa, de lejanos continentes, millares de toneladas y centenares de hombres; la electricidad, arrancada del incomprensible seno de la materia, ha servido para trasmitir de uno a otro polo, con la rapidez del pensamiento, la palabra de los hombres, mató las sombras de la noche, descompuso en sus componentes los deificados elementos de las edades antiguas y volvió realidades los fantásticos cuentos de la literatura arábiga; la extraordinaria e inagotable fuente de energías depositada por la mano de Dios en la hulla y la nafta, despertadas de su sueño de centenares de siglos, dieron al hombre recursos jamás imaginados; las leyes de la física y de la química sorprendidas en los pliegues del ropaje de la materia inerte, permitieron la realización de portentos mayores que el vuelo de Dédalo y su hijo, que la facultad aurificadora de Midas, que el prodigio del Bellocino, que las sorpresas de Cadmo, que los opulentos tesoros de Ofir, de Golconda y del Dorado. ¿Pero cuál ha sido el uso que se ha hecho de tantas maravillas, de tanto poder, de tanta fuerza? ¿Todos esos beneficios han sido repartidos según la ley de la justicia o antes por el contrario otorgados con la manca mano de la iniquidad?

He aquí el escollo que ha detenido la victoriosa marcha de una civilización que, como los constructores de la torre de Babel, creía poder llegar hasta los cielos para disputarle a Jehováh su mansión inconmovible y eterna. En la participación de la heredad que la naturaleza puso en manos de los hombres para hacerles más dulce y grata la vida, los unos tomaron la parte del león y dejaron a los otros los despojos del opíparo banquete. La organización capitalista de la producción de bienes, lejos de haber tendido a satisfacer las necesidades sociales, redujo una gran parte, quizá más de la mitad de los hombres, a la dura ley del trabajo improductivo, en tanto que regaló a los otros con el pleno disfrute de los beneficios del progreso; mientras a los primeros faltaba hasta la dulce hora del descanso y escaseaba el alimento y el vestido, a los otros sobraban los días y las noches y por sus mesas corrían el vino y los manjares exquisitos y el lujo recargaba sus ropas de pieles y de encajes. Empujadas por las urgencias del capitalismo, las naciones europeas gastaban las reservas de las nuevas generaciones en ejércitos, marinas y poderosas escuadras aéreas; creaban complicados sistemas administrativos, para rodearse de seguridades; debilitaban la obra vigorizante de la agricultura, alejando a los campesinos de la tierra para llevarlos a los cuarteles; arruinaban las pequeñas economías independientes, para que todos los cauces de la producción fuesen a desembocar en las cloacas del capitalismo. Para conservar las mesnadas explotables, las naciones capitalistas mantuvieron una gran parte de la sociedad sumida en la ignorancia y sometida a la embrutecedora vida material. Coartadas por el capitalismo en el ejercicio de la gran misión justiciera que incumbe a los gobiernos, hicieron de sus funciones penales un mercado de conciencias, en donde el oro fué la esponja que borraba las manchas del delito y la pobreza el lente que lo acrecentaba en sus proporciones.

Pero si grandes han sido los errores de la humanidad en este famoso siglo pasado que se llamó con increíble vani-

dad el Siglo de las Luces, el mayor de todos, la piedra fundamental de todas sus desgracias, fué la deificación del hombre. Miró a los espacios con el poderoso instrumento de Galileo y no vió sino fuerzas ordenadas regulando el giro de los astros; miró la materia organizada con la luz del microscopio y no vió sino fuerzas químicas y elementos simples en el libre juego de sus cualidades nativas; miró en el fondo de la vida y no halló sino células que crecen, se dividen y mueren; miró por todas partes y no encontró a Dios y cegado por el orgullo de su **sabiduría,** se proclamó dios. El enano encaramado sobre tan espléndido trono, acabó por perder la poca luz que le quedaba y se precipitó en las simas de la locura.

De tantos olvidos de las leyes supremas que rigen el mundo, del desconocimiento de su fuente creadora, se originó un verdadero caos, una alteración absoluta de los principios fundamentales que preceden la marcha de la Historia y se desataron los odios feroces que ahora amenazan retrotraer a la humanidad a los oscuros orígenes de las sociedades humanas.

La América Hispana, esta tierra libre y virgen aun de las roñas que están destruyendo los principios de la vida en la veja sociedad europea, debe acometer la organización de la nueva sociedad humana sobre fundamentos más firmes, caritativos y justicieros. ¿Para qué esa carrera desalada de la producción fabril que destruye las más altas facultades del ser humano, cuando el fin de la productibilidad debe estar en donde acaban las necesidades de la especie; para qué ese trabajar sin medida, que ocasiona la torturante búsqueda de nuevos mercados con el sacrificio de millares de existencias, si la sola meta de tantos esfuerzos es la acumulación del oro en manos de unos pocos y la miseria, las privaciones y el delito para una mayoría decuplicada; para qué esa tesaurización que no hace al poseedor ni más apto para los legítimos placeres, ni más capaz en el uso de las facultades específicas y en cambio empuja a los pueblos los unos contra los otros en sed destructiva insaciable; para qué ese prurito de ejércitos y de escuadras que retraen a tantos millares de hombres de la plena libertad de sus vidas y los preparan para servir de verdugos de sus hermanos; para qué ese consumo de energías con fines destructivos en vez de dedicarlas a los de la dulcificación de la existencia; para qué esa diferenciación de clases que detiene el avance de la humanidad por los senderos de la inteligencia, del arte y de la bondad; para qué ese menosprecio de la moral inconmovible y eterna, que trueca al hombre en un monstruoso compuesto de hipocresía, de vergüenzas, de maldad y de pecado, en vez de continuar el sereno camino de la virtud, en vez de oír esa "secreta voz interior" de que habla el gran apóstol de la India?

La América, nuestra América Hispana debe echar los cimientos de una renovación espiritual que sirva para fundar la sociedad nueva, la sociedad futura, que eleve las cualidades físicas y morales del hombre fundándose sobre la ley de la justicia, de la caridad y del amor; que se oriente hacia la realización de un progreso cimentado en el desarrollo de la inteligencia, de los sentidos y de la conciencia; que acabe con esas profundas y delorosas desigualdades artificiales que hacen de las naciones pudrideros de hombres en vez de sociedades en función perfeccionadora. Ni los falsos esplendores de la sociedad capitalista, que lleva una úlcera en sus entrañas; ni el grosero materialismo de la sociedad comunista que deificando los sentidos, se olvida de las excelsas facultades espirituales del hombre; porque si aquello produjo las catástrofes de las guerras, de la miseria, del delito y de la desgracia, esto nos llevaría a la retrogradación humana, a las simas de la barbarie. Sobre este continente en donde la naturaleza, la Mano de Dios, ha hecho derroche de larguezas, debe surgir en el futuro la nueva humanidad, noble, inteligente, religiosa y pura. Hombres de pensamiento y de palabra que llenáis de luz esta tierra nuestra, acometed la tarea renovadora, la labor encausadora con fe, con resolución, con voluntad: lleváis sobre vuestras cabezas el verdadero penacho blanco: la inteligencia. La materia sobre que debéis laborar está blanda: no la dejéis endurecer.

G. Porras Troconis

Cartagena de Indias, Colombia.

Versos de amor y de dolor

= Envío de *E.* Tomados del No. 1, Vol. XIV de los *Anales de la Academia de Artes y Letras* de La Habana =

MADRIGAL POST MORTEM

...Vuelve la Primavera,
mi alma se asoma fuera
y te espera, y te espera...
Olvidándose a sí.
(Olvidándose así
de que vives en mí).
Dulce amor, si no fuera
porque en mí estás, ¿pudiera
volver a ver yo más la Primavera?

PECADO

Quiero ser, y aparezco ser
únicamente. Oh, cósmico dolor
de parecer!
Buscándome a mí voy.
Parecer es mi solo padecer
y mi solo pecado. (Siempre lo fué, lo es hoy);
que mi único deber
es ser
quien soy...

LA FIERA

La Desesperación como una fiera
agazapada en mis profundidades
(¿hace cuántas edades?)
paradójicamente espera, espera...

Espera, ansiosa, que el dolor me hiera;
y cuando me ve herido,
con un brutal rugido,
de su cubil (en mí) salta la fiera
y me ruge: ¿Por qué, y a qué esta lucha?
Mi alma, temblando, escucha,
mas susúrrame Dios:—Espera, espera...

(Yo soy el campo de batalla). Escucho,
temblando a Dios; me yergo. Y vivo, y lucho.
Y a su cubil—en mí—torna la fiera.

ESPERAR

Dije al cuerpo:—¡Calla!
Lo senté en la playa.
Mi alma, paso a paso, se adentró en el mar.
¿Bogar? No. Bogar
es permanecer
en la periferia.
Bogar, no. Empuñar
la propia miseria,
zambullirse con ella en el mar.
Bogar hasta el fondo, si cae en el fondo,
y, si no, luchar.
Volver a la orilla cargado de nuevo con ella
(pero ya marcado tal vez por la huella
y el sabor del mar).
Volver a la orilla y al cuerpo; aceptar
para merecer
cumplir el destino que es vuestro y es mío,
cumplir el destino del río
que es, únicamente, verterse en el mar.
Luchar con las guijas, con el cauce estrecho, con el viento frío,
luchar avanzando. Luchar.
Y esperar...

Asoka Avansar

(Trad. de *Luis Rodríguez Embil*)

Asoka Avansar—Poeta oriental. Tuvo este poeta la desventura inefable de perder temprano a la amada de su corazón. Como buen oriental, sólo en la metafísica, es decir, en la sublimación cuasi religiosa de su dolor, pudo hallar, tras años de lucha, lenitivo a aquél.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Dos anti-Babbit

= De *La Voz*. Madrid. *Envío del autor.* =

No todo en la enorme extensin de las Américas es Babbit. Existen también los anti-Babbit.

En un pequeño país del centro de América hay un hombre. No riáis. No vayáis a suponer que la existencia de un hombre en un pequeño país sea más frecuente que la de un hipocampo.

Si en cada pequeño país hubiese un hombre, uno solo, y en cada país grande dos o tres, la Humanidad sería mejor, y la vida, más grata, y desde luego, más noble.

No olvidéis que la linterna de Diógenes resultó inútil, ni que Dios, con ser Dios, destruyó pueblos enteros por no encontrar un justo, es decir, un hombre.

El pequeño país del centro de América que cuenta esa cosa rara se llama Costa Rica. La profesión de su hombre es la de apóstol. Su apostolado consiste en realizar la unión espiritual de todas las almas que sienten, piensan y se expresan en lengua española.

Lo que no intentan siquiera Madrid, Buenos Aires, Méjico, con todos sus millones de seres humanos, todos sus millones de pesetas y pesos y todos sus millones de posibilidades, lo realiza en la soledad y el desvalimiento, sin más que su energía y su ideal, el hombre de Costa Rica.

La proeza de este varón magnífico, resplandeciente de virtudes viriles, equivale a la de uno que levantara el Partenón o la catedral de Colonia sin más ayuda que su tenacidad ni más elementos de trabajo que sus manos desnudas. Superior a Robinsón, no se contenta con bastarse a sí mismo—Robinsón era inglés, y por tanto, egoísta,—sino que su principal preocupación es servir a los demás. El apóstol costarricense pertenece no en vano a la raza de Bartolomé de las Casas, Antonio José de Sucre, José Martí y Francisco Giner de los Ríos.

Para cumplir la misión apostólica que se ha impuesto a sí propio, el hombre de Costa Rica no cuenta sino con un breve semanario. Consciente de su obra, lo ha bautizado "Semanario de Cultura Hispánica". Toda idea de superioridad personal o de pueblo, todo prejuicio hegemónico, ha sido proscrito. Tal vez no lo hubieran logrado ni un español, a menos de llamarse Unamuno; ni un mejicano, a menos de llamarse José Vasconcelos; ni un argentino, a menos de llamarse Manuel Ugarte.

Lo cierto es que el hombre de Costa Rica lo ha logrado. Y por ello ha convertido la pequeña ciudad costarricense de San José en la central telefónica del espíritu expresado en lengua de Castilla.



Herminia C. Brumana

Dibujo de *F. Amighetti*

Conviene que consignemos el nombre de ese apóstol de la cultura hispánica que habita en la josefina capital americana, aunque todos lo sabéis de memoria: Joaquín García Monge.

Hoy nos revela García Monge que en Sarandí, localidad argentina a diez minutos de Buenos Aires, hay también un hombre. Ese hombre es una mujer. Porque con la palabra hombre, tan digna, tan bella y tan comprensiva, lo que significamos es alma. En ese pueblecito platense existe, pues, un alma que el alma de Costa Rica nos revela, enriqueciendo nuestra colección y fortaleciendo nuestra fe en los destinos comunes.

Se trata de una maestra de escuela. Esta maestra de escuela se llama Herminia Brumana.

Es, naturalmente, una inconforme. Quiere más y mejor. Horrorizada por esa horrible satisfacción de sí propio y del propio país que desmerita a muchos argentinos—y que nada tiene que ver con el sano optimismo de personas y pueblos sanos,—Herminia Brumana, pudorosa y educadora, sincera y crítica, siente de veras lo que los otros fingen. Herminia Brumana profundiza en la raíz de aquello que los demás desfloran por la superficie. Su asco por el patriotismo barato y populachero le sube a los labios en una mueca y a la pluma en una ironía.

Ved como por vosotros mismos: Fiesta nacional. Ocurre lo que en todas partes: desfiles y paradas de tropas, cantos de niños de las escuelas, himnos, discursos, tonterías, mentiras, estómagos llenos, sentimientos rutinarios, todo o casi todo pura ficción.

Herminia Brumana al frente de los chicos de su escuela, asiste a la fiesta, el pecho condecorado por una escarapela nacional, blanca y azul, como otras maestras, como las alumnas.

Tocan el himno. Las señoras y niñas lo corean. Un atorrante se queda con el sombrero puesto. Cierto jayán bien vestido, con un garrote en la diestra, se acerca al atorrante y le amenaza: "¿Quiere que le saque el sombrero de un bastonazo?" Las mujeres sonríen, aprobando al patriota. "Entre las mujeres que cantan el himno—observa Herminia Brumana—está la señora aquella de cuyas manos saqué una vez, magulladas las carnes, a la pobre negrita que le había dado el juez de menores para esclava".

Sigue la fiesta. Herminia Brumana también sigue contando las reacciones de su leal y fino temperamento:

"Me da vergüenza de ser hermana de todas estas gentes que ostentan mi mismo símbolo. Y sin querer, instintivamente, cubro con la solapa de mi vestido la escaparela blanca y azul. Yo, sin más distintivo que mi corazón, me siento más argentina que ese director en jefe, que ese orador florido y ampuloso, que esas señoras que aplauden elegantemente, que el hombre del bastón que hace respetar el himno. Porque desde mi cátedra digo la verdad a mis alumnos y no les declamo que mi país es el mejor del mundo sino que les señalo sus defectos, para que ellos los subsanen..."

Detrás de los escolares, los policías y los oradores, descubre Herminia Brumana a los trabajadores, al pueblo. A ellos va su simpatía. "Ellos son los patriotas—dice,—aun sin haber nacido en esta tierra. Estos hombres de manos toscas forjan la nacionalidad, creando la independencia económica".

Avanza el día. Continúa la fiesta. Continúa la parada. Continúa la música. Continúan las hinchadas declamaciones de los oradores: "El mejor país del mundo", "grandeza nacional", "industria floreciente", "vanguardia de la civilización", "gloria, felicidad, libertad, igualdad y fraternidad", etcétera.

Herminia Brumana se queda pensativa. Después se inicia el desfile y retorna cada quien a su morada, a sus quehaceres.

Herminia Brumana, de regreso, vuelve a pensar en la miseria moral y material de algunos de sus pobres alumnos de Sarandí.

"En mi casa somos cinco, y hay sólo dos camas—le dice un niño aquella misma tarde—. En la cama grande duermen mi papá, mi mamá y mi hermanita. Yo y mi hermano mayor, en el catre".

A Herminia Brumana le da un vuelco el corazón. Toma la pluma y escribe: "Todas aquellas frases de los oradores, huecas, ampulosas y falsas, mezcladas con estas otras, sencillas y sinceras, de mis pobres chicos, me golpean en el corazón, angustiándome..."

Herminia Brumana tenía que perder su escuela. En efecto, se la han quitado.

R. Blanco-Fombona

Imprenta LA TRIBUNA